3 0081 013 273 762

JOINT UNIVERSITY
LIBRARIES

NASHVILLE, TENNESSEE

PJ
487
.B5
v.6

723058

Date Due

DEMCO NO. 38-298

CUENTOS ORIENTALES

LOS CUATRO TALISMANES

BIBLIOTECA

DE

CUENTOS ORIENTALES

PUBLICADA BAJO LA DIRECCIÓN DE

ÁNGEL GONZÁLEZ PALENCIA

CATEDRÁTICO DE LITERATURA ARÁBIGO-ESPAÑOLA EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL, - DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA

VOLUMEN VI

LOS CUATRO TALISMANES

BIBLIOTECA

DE

CUENTOS ORIENTALES

El príncipe que todo lo dió.
El visir resucitado.
El herrero y el califa.
Las promesas del ingrato.
¡Guisantes! ¡Guisantes!
Los cuatro talismanes.
Las ruinas del molino.
¡Los muertos vuelven!

CUENTOS ORIENTALES

LOS CUATRO TALISMANES

SEGUNDA EDICIÓN

CON CENSURA ECLESIÁSTICA

MADRID
E. MAESTRE. — EDITOR.
CALLE DE LAS POZAS, 12.
TELÉFONO 13713.

APROBACIONES

NIHIL OBSTAT

DR. JESÚS GARCÍA COLOMO,

Censor.

IMPRÍMASE

DR. J. FRANCISCO MORÁN,

Vic. General.

Madrid, 4 de noviembre de 1929.

ES PROPIEDAD

JOINT UNIVERSITY LIBRARIES NASHVILLE, TENN.

Imprenta Ibérica, Pozas, 12. — Teléfono 13713. — Madrid.

723058

HABITABA en el Cairo un comerciante llamado Omar, que tenía tres hijos: el primogénito llevaba el nombre de Sálim, el segundo el de Sólim y al más pequeño le decían Cháudar. Viendo el padre que por sus muchos años se acercaba el día de su muerte, quiso arreglar todos sus asuntos, y especialmente dividir sus cuantiosos bienes entre sus tres hijos, para evitarles disensiones.

A este efecto reunió un día a toda su familia, llamó a representantes del cadí y a peritos en el difícil arte de las particiones de herencias, y así que estuvieron juntos, ordenó a sus criados que le llevaran todos sus bienes: los cofres que contenían su fortuna, los que guardaban sus telas y sus alhajas. Trajéronle lo que pedía y dijo a los peritos y curiales:

Según las *Mil y una noches*. Edición Houdas, Alger, 1908.

— Vosotros sois los ojos y las manos de la ley: partid lo que tenéis delante, haciendo cuatro lotes, de forma que, en lo futuro, no pueda surgir ninguna duda ni a nadie se le ocurra querer deshacer la obra de vuestra prudencia.

Los técnicos procedieron a la partición. A cada uno de los hijos se le adjudicó un lote, y el padre se reservó el cuarto, diciendo:

— Tomo a los presentes por testigos de que mi fortuna ha sido repartida con equidad. Ahora no tengo ya nada de lo que pertenece a mis hijos, ni ellos poseen nada más que lo suyo propio. Cuando Dios (¡ensalzado sea!) se digne llamarme a su presencia, ninguna disputa, ninguna diferencia producirá mi muerte, porque todos han recibido en mi vida lo que les tocaba. La parte que yo me reservo, es para su madre; ella los ha criado y ellos no pueden regatearla el pan que yo la deje para vivir.

Poco tiempo después murió el anciano. Sálim y Sólim se mostraron disconformes con la partición. Decían que era mayor la parte de Cháudar, y le acusaban de retener algo de la fortuna paterna. Hubieron de

acudir al tribunal para someterle la cuestión, la cual fué resuelta a favor de Cháudar; pero los gastos y las costas cayeron por igual entre las partes litigantes. Las

Los técnicos procedieron a la partición de la herencia de Omar.

precauciones del buen padre resultáron inútiles.

Transcurrieron algunos meses. Cháudar se figuraba que todo había terminado. Pero sus hermanos suscitaron de nuevo la cuestión. Otra vez acudieron al tribunal, otra vez hubo pleito, otra vez la curia se quedó

con una buena porción de la fortuna de los tres hermanos. Y así, de tribunal en tribunal, de pleito en pleito, perdieron la cuantiosa herencia que les dejara su padre, el rico comerciante Omar.

* * *

Arruinados Sálim y Sólim, sin resto de vergüenza que se lo impidiese, se fueron a casa de su madre. Burláronse de su resistencia, la robaron su fortuna, la insultaron y concluyeron por echarla a la calle.

La pobre mujer refugióse en casa de Cháudar, le contó detalladamente lo que habían hecho sus hermanos y pidió a Dios que dejase sentir su cólera sobre aquellos hijos malvados.

— Calla, calla — le dijo Cháudar dulcemente —; no maldigas a los hijos que vivieron en tus entrañas. Dios nos ve a todos, conoce nuestras acciones y las recompensa como se merecen. Esperemos los efectos de su justicia, porque la de los hombres ya ves lo que nos ha hecho: me ha dejado pobre, sin que por eso se hayan enriquecido mis hermanos. ¿Qué provecho hemos sacado de

ninguno de los pleitos? Toda la herencia de nuestro padre ha ido a parar a las manos de la curia.

— Tienes razón, hijo mío.

Cháudar continuó:

— Además de la fortuna hemos perdido la fama, porque las personas que nos sirvieron de testigos han confirmado bajo juramento el deshonor de nuestro nombre. Yo no iré a juicio, ni siquiera por causa tuya; yo no citaré a mis hermanos ante el cadí. Tú te quedarás a mi lado.

— Muy contenta y agradecida — interrumpió la madre.

Y prosiguió el hijo:

— Aún tengo pan para comer; tómalo y olvida a los que tan malamente se han portado contigo. Bendice a tu infortunado Cháudar; la bendición de la madre al hijo llena la casa de abundancia, y Dios nos enviará cada día el pan para el siguiente. Recuerda lo que dice el poeta:

«Si el malvado te maltrata, no intentes perseguirlo, espera con paciencia; el tiempo trae siempre el castigo de Dios sobre aquel que ha violado la ley.

»Cuando el débil sufra persecución, aléjese y tenga confianza; porque si la montaña perjudica a la llanura, el rayo se encarga de castigar a la montaña.»

La madre lloró de alegría; bendijo a su buen Cháudar, y la mano de Dios abrió camino en la casa de aquellos infelices, no devolviéndoles de golpe su fortuna, sino proporcionándoles el sustento diario por medio del trabajo.

Por la mañana, Cháudar cogía sus redes y se marchaba al mar, a los lagos o a los ríos en busca de pescado. Jamás su trabajo resultaba infructuoso: unas veces eran diez dirhemes (moneda de plata equivalente a una peseta), otras eran veinte, algunas hasta treinta, lo que él reunía por la tarde en el mercado. Con esto podían vivir modestamente.

No ocurría lo mismo a sus perversos hermanos. Sin oficio alguno, perezosos para ejercer ninguna profesión, bien pronto la miseria se avecindó en su casa y se sentó con ellos a la mesa. No teniendo nada que vender, nada podían comprar. Una vez que gastaron los bienes robados a su madre,

llegaron a pedir limosna; pero la gente no los socorría, porque sabían que eran viciosos y malos. Por eso, de vez en cuando, se aprovechaban de la ausencia de Cháudar para entrar humildemente en su casa y ablandar el corazón de su madre con sus lamentaciones del hambre que pasaban. La madre, madre al fin, se compadecía de ellos, y les daba lo que tenía, diciéndoles:

— Comed de prisa y marchaos antes que vuelva vuestro hermano. Está muy enfadado con vosotros, y yo no quiero darle motivo para que me reprenda.

Los hermanos devoraban ansiosamente lo que su madre les daba y se marchaban sin decir palabra.

Acabaron por venir todos los días. Una vez, cuando estaban sentados todos alrededor del mantel, Cháudar entró en casa. La madre se quedó avergonzada, con los ojos fijos en el suelo; Cháudar sonreía apaciblemente.

— ¡Bien venidos seáis, Sálim y Sólim! — dijo a sus hermanos con dulzura —. ¡Dios bendiga la hora en que os vuelvo a ver! ¿A qué se debe que me visitéis en este día feliz?

Luego les abrazó y les besó, y en tono de reproche les dijo:

—¿Por qué me habéis privado tanto tiempo de vuestra vista? ¿No sois mis hermanos? ¿Desde cuándo los hermanos viven como extraños? Yo nunca he dejado de quereros; ¿cómo habéis podido odiar el camino que conduce a la casa de vuestra madre?

Avergonzados y confusos por la generosidad de Cháudar, parecieron cambiados y respondieron:

— No nos atrevíamos. Nos habíamos portado mal contigo y la vergüenza nos impedía ponernos delante de ti; pero ya nos arrepentimos. Olvidemos lo pasado. Lo que hicimos contra ti se ha vuelto contra nosotros mismos. No era obra nuestra; era obra del propio Satán (¡que Dios maldiga!). Para nosotros nuestra bendición no está más que en ti y en nuestra buena madre.

— Mi bendición sois vosotros — exclamó Cháudar.

Y la madre, sollozando, dijo:

—Eres el mejor de los hijos, ¡oh Cháudar! ¡Que Dios te colme de bendiciones!

— Bien venidos seáis los dos — continuó diciendo Cháudar a sus hermanos —. Que-

daos a nuestro lado; no seamos más que una familia, como en tiempos de nuestro padre. Esta casa puede bastarnos; Dios me la ha dado suficientemente grande para todos, y

Al ver a sus hermanos, Cháudar les saludó amable y jubiloso.

puesto que ha bendecido mi trabajo, es que ha querido poner en mis manos vuestra parte junta con la mía: gustoso os la ofrezco.

* * *

Se hizo la reconciliación. Cháudar se sentó y comió muy alegre y contento, por

estar con su madre y con sus hermanos. Por la mañana todos desayunaron juntos, y muy temprano Cháudar cogió sus redes y se encaminó a la puerta de la Victoria. Sus hermanos se fueron también a la calle hasta la hora de comer. Por la noche Cháudar volvió con una cesta a la espalda, donde llevaba legumbres y carne fresca.

Así pasó un mes: todos los días Cháudar se iba a pescar y por la tarde vendía en el mercado lo que había cogido. Con su producto alimentaba a sus hermanos y a su madre.

Pero un día cambió la suerte: Cháudar se había ido a la orilla del mar, dispuso sus redes, las arrojó al agua y las recogió vacías. Buscó otro lugar, sin tener ningún resultado. Y así pasó todo el día sin lograr pescar nada.

— ¡Dios mío! — exclamó admirado el infeliz —. ¿En qué consiste esto? ¿Es que ya no hay peces en el mar?

Y, cargando sus redes a la espalda, se volvió con el corazón afligido, por la situación en que iban a encontrarse su madre y sus hermanos. Conforme iba caminando hacia su casa, pasó delante del horno del

panadero que de ordinario le vendía el pan.

La gente se apretaba alrededor del comerciante, que servía apresuradamente a sus clientes, mientras que Cháudar veía con cierta envidia cómo se llevaban los panes. No se atrevía a acercarse; pero desde lejos miraba todo aquel movimiento. Así que todos los parroquianos fueron servidos, el panadero se quedó de brazos cruzados con aire satisfecho; entonces vió a Cháudar y le dijo con agrado:

— ¡Bien venido seas! ¿No necesitas hoy pan?

Cháudar bajó la cabeza y no respondió.

— ¿Qué pasa? — preguntó el comerciante —. ¿Es que no tienes dinero, acaso? Toma, no obstante, amigo; yo esperaré a que puedas pagarme con más facilidad. Come ahora, y ya me pagarás luego.

— Entonces — contestó Cháudar tímidamente — te quedaré a deber diez medios dirhemes; dame pan por este valor.

— Y otros diez con el pan — le dijo el panadero —, para que compres otras viandas. Mañana me traerás pescado; verás qué pronto estamos en paz.

— ¡Con mucho gusto! — replicó Cháudar.

Y tomando el pan y los dineros se fué a comprar carne y verduras, esperando llevar al panadero el día siguiente el mejor pez que pescara.

Entró en su casa cuando ya su madre principiaba a impacientarse. Cenó y se acostó. Por la mañana, muy temprano, se levantó y, sin esperar siquiera el desayuno, que su buena madre le ofrecía, marchóse a la orilla del mar.

Aquel día no se presentaba mejor que el anterior. Cháudar echó la red cien veces y cien veces la sacó vacía. Cambió de sitio... y en ninguna parte cogía nada. Al llegar la noche, cansado y desesperado, cargó con sus redes y se volvió a la ciudad. Pronto estuvo frente a la tienda del panadero, el cual no necesitó más que ver a Cháudar para comprender que su faena había sido desdichada. Volvió a ofrecerle el pan y los diez medios dirhemes, que Cháudar rechazó; pero que, ante la amable insistencia del panadero, hubo de admitir.

Siete días más duró tan trágica situación.

Una mañana, Cháudar, a punto de desesperarse, pensó: «Yo creo que Dios ha castigado al mar por mi culpa. Iré al lago Ca-

rún, donde ningún pescador se atreve a acercarse; si el lago está encantado, yo también lo debo estar. Así todo irá bien: a lago maldito, redes malditas.»

* * *

El lugar estaba desierto: el agua, turbulenta, ponía espanto en el espíritu más animoso. Cháudar, con gran audacia, se preparaba a echar allí su red, como si desafiara al infierno.

De pronto, el ruido que producía una mula al correr sobre los guijarros, le aterró, pues él pensaba que nadie osaría circular por aquellos lugares. Volvióse y se encontró con un caballero negro que cabalgaba sobre una mula ricamente enjaezada. Vestía el caballero un traje magnífico, y la mula traía en la grupa unas alforjas guarnecidas con piedras preciosas. Cuando el caballero llegó al lado del pescador, le dijo sin titubeos:

- ¡Salud, oh Cháudar, hijo de Omar!

— Salud, señor peregrino — le contestó Cháudar, admirado de verse llamar por su nombre.

El magrebí (1), sin aparentar que notaba la sorpresa, prosiguió diciendo:

— Tengo necesidad de que me prestes un gran servicio, y puedes estar seguro de que no seré ingrato. Si haces lo que te pida, si me obedeces ciegamente, recibirás un premio considerable, y, lo que vale más, tendrás en mí un amigo poderoso.

— Habla, mi señor peregrino — respondió Cháudar —. ¿Qué quieres de mí? Estoy pronto a servirte.

— Recitemos la *fátiha* —, dijo el magrebí.

Y los dos recitaron la primera azora del Alcorán, con las palmas de las manos vueltas hacia el cielo, a fin de que su trato fuera mutuamente obligatorio.

Después, el magrebí sacó de sus alforjas un cordón de seda y se lo dió a Cháudar, diciéndole:

— Atame las manos con este cordón y échame luego al lago. Cuando yo haya desaparecido, esperarás unos momentos. El agua se agitará y yo reapareceré. Fíjate

---

(1) Del Magreb, es decir, Marruecos, o la región occidental de Africa.

Cháudar y el magrebí elevaron las manos al cielo
y recitaron la *fátiha*.

bien: si lo primero que sale son mis manos, arroja la red en seguida y sácame a la orilla; si lo primero que aparece son mis pies, todo habrá concluído: yo estaré muerto. Entonces tomarás mi mula, la llevarás a un judío llamado Xamaya, que vive en el barrio de los comerciantes: él sabe que has de ir; no te dirá nada. Tú le entregas la mula y las alforjas, y él te dará cien dinares. Tómalos y cállate.

Cháudar temblaba; pero, además de su promesa, el recuerdo de los siete días de desesperación le dió valor. Tomó el cordón y ató las manos al caballero. Luego le empujó hasta arrojarle al agua, que le saltó a la cara. El pescador miraba atentamente la superficie agitada del lago. Al cabo de un rato, sintió moverse las aguas, y preparó su red; pero fué el pie lo que apareció. El magrebí estaba muerto.

Cháudar tomó la mula, se fué al barrio de los comerciantes y se acercó al judío, que estaba sentado en su puerta. Así que vió la mula, se levantó y dijo:

— ¡Muerto! Su avaricia lo ha matado.

Recogió la bestia de manos de Cháudar y le entregó cien dinares. Hiciéronse mu-

tuos signos de silencio. El pescador se alejó apresuradamente en busca de la tienda del panadero, donde pagó su deuda, le dió las gracias y tomó su pan como todo el mundo.

* * *

Adquirió luego carne, legumbres, verduras, y se fué a su casa, donde su madre decía a los hermanos del pescador que esperaran a que éste llegara para comer, porque ella no tenía nada que darles. Cháudar entregó a su madre las provisiones.

Después que hubieron comido, Cháudar dió a su madre el resto de los cien dinares, encargándola que diese de comer a sus hermanos.

Apenas amaneció, Cháudar cogió su red y se dirigió otra vez al lago Carún. Cuando se disponía a echar su red, sintió el ruido de los cascos de una caballería. Volvió la cabeza, y se encontró con otro magrebí que se parecía al primero: ricamente vestido é y lujosamente enjaezada su mula, con las alforjas a la grupa.

El magrebí, dijo:

— ¡Salud, oh Cháudar, hijo de Omar!

Cháudar vió que primero aparecían las man

— Salud, mi señor el peregrino — respondió el pescador.

— ¿Has visto ayer — continuó el recién llegado — venir un magrebí como yo, montado en una mula como ésta?

— Señor, yo no he visto a nadie — dijo Cháudar, arrepentido de haber vuelto, y temeroso de que se descubriera lo acaecido la víspera.

— El hombre de quien te hablo — siguió diciendo el magrebí —, es mi hermano, y ha debido adelantárseme un día.

— Señor — contestó Cháudar balbuceando —, no sé lo que me hablas, ni tengo nada que decirte respecto a ese hombre.

uego la cabeza del tercer magrebí (pág. 28).

— Es inútil que disimules. Lo que pasó ayer fué que tú te disponías a echar tu red al lago, cuando llegó un caballero...

Y le contó con todos sus detalles la entrevista con el magrebí.

— Señor — exclamó Cháudar atónito —, ¿por qué me preguntas si sabes todo lo que pasó?

— Porque deseo que me hagas el mismo servicio que hiciste a mi hermano —, replicó el magrebí con tranquilidad.

Y sacó un cordón de seda de sus alforjas. Como Cháudar todavía quisiese retirarse, el magrebí le detuvo, diciéndole:

— Atame las manos y échame al agua. Si

me pasa lo que a mi hermano, ya sabes lo que tienes que hacer: llévale mi mula al judío, y él te entregará inmediatamente cien dinares.

Accedió el pescador, ató las manos al magrebí y lo arrojó al agua. Poco rato más tarde aparecieron sus pies.

— ¡El agua se lo ha tragado! — exclamó Cháudar —. Y pensando en los cien dinares que iba a cobrar, se sintió alegre y contento con su suerte. «¡Ojalá — pensaba — me enviara Dios un magrebí de éstos cada día! Yo no soy quien les obliga a morir: ellos mueren por su voluntad y yo me gano cien dinares.»

Se llevó la mula, y, al verla el judío, se levantó, preguntando:

— ¿Ha muerto el segundo?

— Dios te guarde - respondió Cháudar, a la vez que afirmaba con la cabeza.

— Este es el premio a su ambición — contestó el judío, que se llevó la mula y entregó cien dinares al pescador.

Cháudar llevó los dineros a su madre, que le preguntó de dónde procedía tanta riqueza. Él le contó toda la historia y la infeliz mujer trató de disuadirle de sus viajes

al lago Carún, por temor de que le ocurriese alguna desgracia.

—¿Por qué? —respondió Cháudar .¿Porque echo al agua a estos magrebíes? No hago más que acceder a sus deseos. Además, que tengo ganas de quemar las redes: no quiero un oficio que me deja morir de hambre. El que ahora he tomado me produce más y no quiero otro. Cada día me gano cien dinares y vuelvo a casa pronto. Por Alá, que no dejaré de ir al lago Carún hasta que lo llene de magrebíes y no quede una cara negra sobre la tierra.

El tercer día fué al lago Carún, y se quedó de pie en espera. Apareció un magrebí montado en una mula, con unas alforjas a la grupa: venía más ricamente aparejado que los anteriores.

— ¡Salud, oh Cháudar, hijo de Omar! — dijo el forastero.

Cháudar no se extrañó siquiera de que supieran su nombre y el de su padre.

— ¿Has visto pasar algún caballero magrebí? — preguntó:

— A dos — contestó Cháudar.

— ¿Y qué les ha ocurrido?

— Les he atado las manos como querían,

y les he arrojado al lago, donde se habrán ahogado. ¿Es que deseas tú, señor peregrino, seguir sus pasos? Pues dilo pronto, y quedarás satisfecho.

— Cada hombre tiene señalado su fin, y todos seguimos nuestra suerte — dijo sonriendo el magrebí, mientras bajaba de la mula —. Hazme el mismo servicio que hiciste a mis hemanos — y le dió otro cordón de seda.

— ¿Te ataré las manos? — preguntó Cháudar —. Vamos de prisa, porque se me ha hecho un poco tarde.

Le echó al agua y esperó un momento. De pronto aparecieron las manos y luego la cabeza del magrebí, que gritó:

— ¡Echa la red, querido!

Instantes después el magrebí estaba de pie en la playa, teniendo en cada mano un pez rojo como el coral.

— Abre las cajas que hay en las alforjas — ordenó a Cháudar. Y en ellas metió el magrebí los peces, cerrándolas después cuidadosamente. Luego abrazó a Cháudar, le besó en las mejillas, y le dijo con efusión:

— ¡Amigo mío, que Dios aparte todo infortunio de tu camino y del camino de los

que te aman! Si tú no me hubieras arrojado en seguida la red, hubiera muerto en el fondo del agua.

— Señor peregrino — respondió Cháudar —, por Alá te ruego que me cuentes la historia de los dos caballeros magrebíes, la del judío y la de los peces que has sacado.

— Oyela — ofreció el magrebí:

* * *

«Los hombres que has visto pasar y ahogarse en el lago eran mis hermanos: uno se llamaba Abdeselam, otro Abdelhad, y yo me llamo Abdesamad. El judío Xamaya se llama, en realidad, Abderrahim, y no es judío, sino musulmán malequí (1), y también es hermano nuestro. Nuestro padre, que se llamaba Abdelguodud, nos enseñó la magia y las ciencias secretas, la forma de descubrir los tesoros ocultos. Pero, aunque fuimos sus discípulos, no llegamos a saber ni una mínima parte de lo que él sabía.

---

(1) De la escuela o secta fundada por Málic Benanas, que es la ordinariamente seguida en el Norte de Africa.

»Cuando murió quedamos ricos. Partimos su fortuna, consistente en dineros, piedras preciosas, trajes riquísimos, caballos, camellos, esclavos, etc.; pero al tratar de repartir los manuscritos de su biblioteca, no logramos ponernos de acuerdo, porque todos queríamos el libro titulado: *Compendio de las ciencias altísimas*. Es un manuscrito único, sin precio: contiene la llave de los tesoros, el secreto de los talismanes, el medio de descubrirlos.

»Nuestro padre lo manejaba constantemente y era uno de los pocos libros que no nos dejó leer; por eso todos ansiábamos su posesión. Un día se presentó en nuestra casa un venerable jeque, maestro de nuestro padre, el que lo había iniciado en la magia y en las ciencias secretas. A este anciano venerable, llamado Alháquim Alabtán (el mago perspicaz), sometimos nuestra discusión. Pidió el manuscrito, y en cuanto lo tuvo en la mano, habló así:

« — Vosotros sois hijos de aquel que fué »como hijo mío, y yo debo velar por que nin»guno de vosotros sufra perjuicio. Este ma»nuscrito no puede ser partido. Propongo »que el libro sea de aquel que sepa merecer-

»lo. El libro será del que vaya a abrir el te-
»soro de Xamardal y me traiga los cuatro
»talismanes: la esfera, la redoma de alco-
»hol, el sable y el sello.

»El sello tiene a su servicio un Genio,
»que se llama Arraad Aljásif (el rayo que
»corta). Cuando un hombre se pone este
»anillo en su dedo, ningún rey puede nada
»contra él, y si quisiere, podría apoderarse
»de la tierra.

»El sable tiene la virtud de que si se
»blande contra un ejército entero, lo pone
»en fuga. Si el que lo maneja le ordena ma-
»tar, de su hoja saldrán rayos de fuego
»que aniquilarían mil regimientos.

»En la esfera se pueden ver todas las re-
»giones del mundo, sin necesidad de mover-
»se de un sitio. Si se la vuelve a un lado, en
»él reflejará como en un espejo el punto del
»universo que allí corresponde. Si el dueño
»de la esfera siente cólera contra una ciu-
»dad, bastará que ponga la parte de la esfe-
»ra correspondiente frente al disco del sol
»para que el incendio la reduzca a cenizas.

»La redoma del alcohol posee la virtud de
»que quien se frote los ojos con el líquido
»que contiene verá los tesoros que se ocul-

»tan en la tierra, como si ésta fuese trans-»parente.

»Aquel de vosotros que no pueda abrir el »tesoro de Xamardal pierde el derecho a »la posesión del manuscrito. El que me »traiga los cuatro talismanes, recibirá como »premio el codiciado libro.»

»Aceptamos la condición, y el jeque continuó:

«—Habéis de saber que el tesoro de Xa-»mardal está en poder de los hijos del rey »Alahmar (Rojo). Vuestro padre intentó en »vano apoderarse de él. Venció a los hijos »del rey, pero ellos huyeron. Los persiguió «hasta tierra de Egipto y, cuando estaban »a punto de caer en sus manos, se sumer-»gieron en el lago Carún; vuestro padre »hubo de detenerse en la orilla, porque el »lago está encantado.

»Entonces vuestro padre me consultó, y »yo hice mis experimentos, que dieron por »resultado lo que vais a oír. El tesoro de »Xamardal no puede ser abierto más que en »presencia de un joven egipcio, llamado »Cháudar, hijo de Omar. Nadie se apodera-»rá de los hijos del rey Alahmar sin la ayu-»da de este joven. Es pescador. Se le encon-

»trará a la orilla del lago; perderá su en»cantamiento cuando Cháudar pise sus are»nas. El que quiera probar fortuna calcula»rá el tiempo. Irá. Cháudar le atará las ma»nos con una cuerda de seda y le echará al »lago. En el fondo del agua atacará a los »hijos del rey Alahmar. Si él es el designa»do por el cielo, se apoderará de sus enemi»gos; si no, perecerá y sus pies subirán a »la superficie del lago; mas si sale sano y »salvo de la lucha, reaparecerá con las ma»nos por lo alto de su cabeza. Pero es nece»sario que Cháudar lo saque con su red.»

»Tres de nosotros decidimos partir, aunque nos costara la vida. Sólo Abderrahim, el que se oculta como judío, renunció a la empresa. Pero nosotros le pedimos que se viniera a Egipto, para que pudiera recoger la mula y las alforjas.

»Lo demás ya lo sabes. Mi primer hermano vino y murió; otro tanto ocurrió al segundo. Yo he tenido más suerte y he logrado aprisionar a los hijos del rey Alahmar.»

— ¿Pero dónde están tus prisioneros? — preguntó Cháudar.

— Los acabo de meter en las cajas — contestó el magrebí.

— ¿Cómo? Yo no he visto más que dos peces.

— Sí, dos peces que ocultan dos Genios.

Y después de agradecerle nuevamente su ayuda, el magrebí continuó diciendo al pescador:

— Aún no hemos cumplido más que la mitad de nuestro intento. Me queda por abrir el tesoro de Xamardal, y el tesoro no puede ser abierto más que en tu presencia. ¿Quieres acabar tu obra? Vente conmigo a la ciudad de Fez y Mequinez: allí está la entrada al tesoro. Así que yo tenga los talismanes, todo lo que me pidas te daré. Ocuparás en mi cariño el puesto de los hermanos que he perdido. Si te quieres quedar a vivir conmigo, será tuya mi casa; si quieres volver con tu familia, podrás hacerlo y quedarás satisfecho de mi hospitalidad.

* * *

Cháudar movió la cabeza con aire de tristeza resignada, y dijo:

— Tengo sobre mis hombros una carga que me impide hacer el viaje. Mi madre y mis hermanos no tienen más que a mí para

ganarles la vida. Si los dejo, ¿quién los alimentará?

— ¿No es más que esto? — replicó el magrebí —. ¿Qué te hace falta? ¿Algún dinero? Yo te daré mil dinares para que tu madre gaste hasta que tú vuelvas rico.

— ¡Mil dinares? — preguntó asombrado el pescador, que jamás había soñado verlos juntos —. ¡Mil dinares? Partiré contigo, señor peregrino. ¿Cuánto tiempo durará mi ausencia?

— Unos cuatro meses.

— Dame el dinero para que se lo lleve a mi madre, y yo te seguiré hasta el fin del mundo.

Entrególe la suma y Cháudar se la llevó a su madre, contándole a la vez lo que había ocurrido y anunciándole su decisión de ir en compañía del magrebí, para volver cargado de riquezas.

— Pero dame tu bendición — le dijo —, porque la bendición de una madre es la mejor salvaguarda del hijo.

— Temo que te suceda algo malo — indicó la madre con tristeza.

— ¿Por qué temer? — dijo Cháudar con exaltación —. ¿Qué mal puede suceder al

que lleva la bendición de su madre? Tranquilízate. Y si tienes miedo del magrebí, has de saber que es el mejor de los hombres.

Y tanto ponderó la dulzura y la generosidad de su compañero de viaje, que su madre consintió en su partida.

— ¡Que Dios le conserve siempre tan buen corazón para contigo! ¡Síguelo! Tal vez sea el comienzo de tu fortuna. ¡Que Dios te bendiga, hijo mío!

Despidióse Cháudar de su madre y fué a buscar al magrebí.

— ¿Has pedido consejo a tu madre? — le preguntó Abdesamad.

— Ella me ha dado su bendición — contestó el pescador.

— Pues monta a la grupa detrás de mí.

La mula comenzó a caminar rápidamente. Era el mediodía. Cuando el sol iba ya cerca del ocaso, Cháudar sintió hambre, y se atrevió a insinuar al caballero:

— Señor peregrino, es admirable tu cabalgadura y con ella se puede ir a cualquier parte. Pero me parece que se te ha olvidado alguna cosa.

— ¿Qué? — preguntó el magrebí.

— Algunas provisiones de boca.

— ¿Tienes hambre? — dijo el magrebí.

— Si dijera que no, mentiría.

Cháudar montó a la grupa, según le ordenara el magrebí, y la mula comenzó a marchar rápidamente.

El magrebí paró la mula y los dos se apearon.

— Alcanza la alforja — ordenó Abdesamad.

Cháudar la desató y la trajo.

— ¿Qué quieres, hermano?

— Lo que tú tengas.

— No, no; dí lo que tú quieres.

— Cualquier cosa; pan y queso.

— ¡Pan y queso! — exclamó extrañado el

magrebí —. Esto no es digno de ti ni de tu huésped. Pide lo que más te guste.

— Ahora todo me gusta — replicó Cháudar, que tenía mucha hambre y que no se fiaba gran cosa de lo que pudiera contener la estrujada alforja del magrebí.

— Veamos — dijo éste —: ¿te gustarían las perdices rojas?

— ¡Ya lo creo! — contestó Cháudar relamiéndose.

— ¿Y el arroz con miel?

— ¡Oh, muchísimo! ¡Vaya cosa buena!

Y así fué nombrando el magrebí hasta cuarenta clases diferentes de platos, mientras Cháudar pensaba: «¿Estará loco este hombre? ¿De dónde sacará todos estos guisos, sin tener cocina ni cocinero? Seguramente se quiere burlar de mí.»

— Espera un poco — rogó Abdesamad, a la vez que metía la mano en la alforja para sacar al instante un plato de oro, en el que humeaban dos perdices rojas. Volvió a meter la mano y sacó un plato de arroz con miel. Y así sucesivamente hasta sacar los cuarenta platos que había nombrado y ofrecido.

El pobre pescador no había imaginado

nunca una comida tan abundante ni tan bien preparada: no se atrevía a meter la mano en ninguno de aquellos platos.

— Come, come, querido - - invitó el caballero.

Una vez que hubo comido de algunos platos, Cháudar decidióse a preguntar:

— Señor, ¿es que guisas dentro de la alforja?

El magrebí se rió de buena gana. Luego respondió:

— Es una alforja mágica: tiene a su servicio un Genio que aunque le pidiéramos mil platos diferentes, mil platos serviría al momento.

— ¡Preciosa alforja! — exclamó Cháudar. Y comió hasta hartarse.

Luego el magrebí tiró lo que sobraba en los platos y los fué metiendo vacíos en la alforja. Sacó en seguida una jarra con agua: bebieron y se lavaron para recitar la oración de la tarde. Por fin metió la jarra en la alforja y colocó ésta en la grupa de la mula.

—¿Sabes—preguntó Abdesamad a Cháudar, al reanudar la marcha — a qué distancia de Egipto nos hallamos?

— A unas cuatro horas de camino, quizá.

— Pues en estas cuatro horas hemos recorrido lo que hubiera andado un caballo al galope durante un mes.

— ¿Y cómo llamas a tu mula, señor peregrino?

— Es un Genio, y ya puedes ver las ventajas que tiene el llevar un Genio por cabalgadura. El que nos lleva haría en un día el viaje de un año; pero como tú no estás acostumbrado, no vamos más que a una velocidad de siete días por hora.

* * *

Así hicieron el viaje hasta llegar al Magreb en cuatro días. Se detenían a media noche, dormían hasta el amanecer y comían lo que sacaban de la alforja. El quinto día entraron en Fez y Mequinez. A su paso por las calles toda la gente se detenía para saludar al magrebí, para besarle la mano.

La mula se detuvo al fin ante una puerta. Abdesamad llamó y en el umbral apareció una preciosa joven, de rostro dulce y hermoso como la luna.

— ¡Rahma, hija mía! Abre el pabellón — ordenó, amable, el magrebí.

— ¡Oír es obedecer! — respondió la doncella, que a Cháudar pareció la hija de un rey.

Abierto el pabellón, el magrebí desató la alforja de la grupa de la mula, acarició el cuello del animal y le gritó:

— ¡Vete! La bendición de Dios caiga sobre ti, como sobre todas las criaturas.

Cháudar miró para ver cómo la mula se iba sola a la cuadra; pero el animal quedó inmóvil, la tierra se abrió y la mula cayó en aquel foso, que de pronto volvió a cerrarse sin dejar rastro.

— ¡Alabado sea Dios, que nos ha librado de este animal! — exclamó Cháudar espantado.

El magrebí, sonriendo, le repitió que era un Genio y que volvería siempre que él le llamase. Luego invitó a Cháudar a que entrase en el pabellón.

Ni siquiera en sueños había visto el pobre pescador algo semejante. El gusto de la construcción arquitectónica estaba completado por la riqueza de la ornamentación, de los muebles, de los tapices, de las mil alhajas refulgentes de pedrería. Cháudar no se atrevía ni a sentarse en un diván que pa-

recía bordado por las divinas manos de las huríes; lo hizo cediendo a la invitación de su amigo. El magrebí mandó a su hija traer un cofre convenido: contenía un vestido completo, que valdría más de mil dinares; dándoselo a Cháudar, le dijo:

— Este vestido es para ti. El que llevas no conviene ya ni a tu categoría, ni a mi amistad. Póntelo y bien venido seas a mi casa.

Cháudar lo aceptó y el pescador quedó transformado en un hijo de rey de Occidente. Luego Abdesamad, tomando la alforja, sacó cuarenta platos diferentes y rogó a Cháudar:

— Acércate, si quieres honrar a tu huésped, y dispensa la pobreza de esta colación. No conozco tus gustos y acaso te sirva cosas que no sean de tu agrado. Pide lo que te apetezca, que el cocinero está listo para guisar lo que tú desees.

— ¡Por Dios, señor peregrino! — respondió Cháudar —. Parece que quieres burlarte. ¿Qué gustos voy a tener yo, pobre pescador? Lo que tú me des me parecerá siempre bien, porque a mí todo me gusta.

* * *

Transcurrieron veinte días de la misma manera: por la mañana Abdesamad sacaba del cofre un vestido nuevo, que ofrecía a su huésped; luego comían y bebían lo que proporcionaba la alforja maravillosa.

El día vigésimo primero el magrebí dijo a Cháudar:

— Hoy es el día en que debe abrirse el tesoro de Xamardal.

Cháudar se levantó y los dos salieron de la ciudad. Cuando llegaron al campo se les acercaron dos esclavos con dos mulas sujetas por las bridas. Cháudar montó en una, el magrebí en otra y los esclavos desaparecieron. Las mulas empezaron a trotar. El mago no hablaba palabra; el pescador le seguía con inquietud. A medio día llegaron a las orillas de un río. La mula del magrebí se paró; otro tanto hizo la de Cháudar, y los dos se apearon. El magrebí habló, por vez primera en toda la mañana, y dijo en alta voz:

— ¡Aquí!

Entonces reaparecieron los dos esclavos, que tomaron las mulas y se alejaron, como para entrar en una casa invisible; luego uno de ellos salió, con una tienda a las espaldas;

el otro le seguía con alfombras para cubrir el suelo de la tienda. En un abrir y cerrar de ojos estuvo levantada la tienda; cojines, alfombras, pebeteros, todo quedó colocado en su sitio. Salió otra vez el primer esclavo y no tardó en volver con las dos cajitas en que el magrebí había metido los peces; el otro esclavo trajo las alforjas.

Cháudar y Abdesamad se sentaron dentro de la tienda. El magrebí sacó comida de la alforja; pero los dos comensales apenas la probaron. Después el mago hizo unos conjuros sobre las cajitas y Cháudar oyó voces en el interior de ellas. Las voces decían:

— ¿Qué quieres de nosotros? ¿Qué es lo que deseas, mago del Universo?

Los dos personajes encerrados pedían misericordia a Abdesamad; pero éste seguía sus conjuros con fórmulas más poderosas; los llantos y los ruegos cada vez eran mayores dentro. Por fin se oyó un grito angustioso y las dos cajas estallaron, haciéndose mil pedazos; dos hombres atados se prosternaron en tierra, diciendo:

— ¡Perdón, perdón! ¡Misericordia! ¿Qué quieres hacer de nosotros, mago del Universo?

— Os quemaré si no prometéis abrirme el tesoro de Xamardal — afirmó con resolución el magrebí.

— Serás servido; te abriremos el tesoro

El mago hizo unos conjuros sobre las dos cajitas y Cháudar oyó voces en el interior de ellas.

siempre que tú hayas cumplido las condiciones señaladas para tal acto en el libro del Destino.

— ¿Cuáles son esas condiciones? — preguntó el mago.

— Que Cháudar el pescador estará presente; que no se abrirá más que delante de

él; que nadie puede entrar en el tesoro de Xamardal sino Cháudar, hijo de Omar.

— El que llamáis Cháudar, hijo de Omar, está aquí conmigo, os ve y os oye — les dijo el magrebí.

— Sea, pues, lo que tú dispongas — respondieron los hombres atados.

El magrebí los desató y al punto desaparecieron. Después sacó de la alforja un plato de ónix, dos peces de coral y un braserillo de quemar perfumes. Sopló en el braserillo y se encendió. Tomó un poco de benjuí y, dirigiéndose a Cháudar, le advirtió:

— Voy a comenzar las ceremonias necesarias. Echaré el benjuí al fuego; pero entonces ya no podré hablar, para no entorpecer la fuerza del conjuro. Quiero, pues, instruirte en lo que debes hacer a fin de llevar a buen término la empresa.

— Escucho — respondió Cháudar profundamente emocionado.

« — Oye, pues — instruyó el magrebí — lo que sucederá tan pronto como el benjuí arda en la llama: el agua de este río hervirá como si estuviera al fuego en una vasija de cobre y se irá secando poco a poco hasta quedar al descubierto las arenas del cauce.

Entonces verás una puerta de oro más grande que la puerta de una ciudad. Tendrá dos llamadores del mismo metal. Bajarás al fondo del río y llamarás a la puerta suavemente; esperarás un instante y darás un segundo golpe, más fuerte que el primero. Esperarás otro poco, y darás luego tres aldabonazos con intervalos uniformes. Al fin oirás una voz que diga:

« — ¿Quién es el que llama a la puerta de »los tesoros y que no sabe romper los encan»tamientos?»

» — Tú responderás:

« — Yo soy Cháudar el pescador. Cháu»dar, hijo de Omar.»

»Entonces la puerta se abrirá. Aparecerá un hombre con un sable en la mano, mirándote con un aspecto terrible. Y te dirá, con voz destemplada:

« — Si verdaderamente tú eres Cháudar, »baja la cabeza para que yo te la corte.»

»No te dé miedo; presenta el cuello confiado, porque ningún peligro te amenaza. Tan pronto como el hombre levante su sable y toque tu carne, verás que se desvanece y cae como un cuerpo sin alma. El peligro está solamente en que te acobardes y quieras

volver atrás; si no obedeces sus órdenes, te matará.

»Roto este primer encantamiento, pasarás adelante y te encontrarás una segunda puerta. Llama y ten precaución. Verás salir un caballero montado en su cabalgadura, armado con una fuerte lanza.

«— ¿Quién eres? — te gritará —. ¿Quién »te trae a un sitio en donde ni los hombres »ni los Genios entran?»

»A la vez te amenazará con la lanza. Descubre tú el pecho; él te golpeará y en el mismo instante quedará como un cuerpo sin alma. Pero si el temor te sobrecoge, si no le muestras rápidamente el pecho, te matará.

»Sigue adelante. En la tercera puerta verás un hombre, desnudo y feroz, armado con arco y flechas. Tenderá el arco hasta tocarte con la punta de la flecha. Descubre otra vez tu pecho, y así que te toque, el hombre caerá como un cuerpo inerte. Si le desobedeces, te matará.

»Llama luego en la cuarta puerta. Se abrirá, pero no será un hombre, sino un león monstruoso lo que se te presentará, amenazándote con rugidos espantosos. No tengas miedo de sus garras: abrirá su bocaza como

para tragarte; métele la mano en ella y en cuanto sus dientes toquen tu carne, caerá a tierra sin hacerte daño alguno.

»Pasa a la quinta puerta. Saldrá un esclavo negro y te preguntará:

«— ¿Quién eres?»

»Respóndele:

«— Soy Cháudar.»

»Y te dirá:

«— Si verdaderamente eres Cháudar, »descansa aquí de las pruebas pasadas y »abre la sexta puerta.»

»Acércate sin detenerte a la puerta sexta y haz esta plegaria: «¡Oh, Jesús! Manda a »Moisés abrir esta puerta.» Y la virtud de Moisés la abrirá. Entra y encontrarás dos dragones de pie al lado de la puerta; uno a la izquierda, otro a la derecha, con las fauces abiertas: se arrojarán contra ti. Mételes tus manos en la boca, y caerán sin vida. Si dudas, te matarán.

»Te queda la última prueba, la más difícil de vencer. Se te aparecerá un fantasma con apariencias de una persona a quien quieres. El fantasma te dirá:

«— Salud, ¡oh hijo mío! Ven, que yo te »dé la bienvenida.»

»Tú le responderás con aire irritado:

«— Lejos de mí, mujer. Quédate donde »estás y quítate los velos que cubren tu ros»tro.»

»Al mismo tiempo mirarás a tu derecha y verás un sable colgado de la pared. Tómalo y vuelve a decir:

« — Desenmascárate, oh mujer, para que »te corte la cabeza.»

»El espectro se resistirá, fingiendo hallarse desfigurado.

»Muéstrate inexorable y a cada velo que veas caer, dile:

— «¡Quítate los otros!»

»Cuando haya descubierto el rostro, la golpearás con el sable y el fantasma se desvanecerá como todos los otros.

»Roto el encantamiento siete veces hecho, entrarás y te encontrarás montones de oro. Pasa sin volver siquiera los ojos. En medio de una gran sala verás una especie de tribuna, cubierta con rica cortina. Levántala y verás al mago Xamardal, sentado, con las piernas cruzadas, en un estrado de oro. Acércate con respeto, pero mira al mago cara a cara. Duerme desde hace dos mil años sin cerrar los párpados. Sobre su

cabeza luce un globo brillante como el disco de la luna: este globo es la esfera mágica. A su cintura está ceñido el sable; en su dedo lleva el anillo; y de su cuello pende una larga cadena que sostiene la redoma del alcohol. Coge estos cuatro talismanes, y sal de allí.

»No olvides ninguna de las instrucciones que te he dado, no pongas ninguna resistencia a lo que te digan los espectros: la menor vacilación podría perderte. Ten presente que en tus manos tienes tu fortuna.»

Una vez y otra el magrebí repitió sus instrucciones a Cháudar, diciéndole siempre:

— Volverás sano y salvo; pero es preciso que no te dejes sorprender por ninguna ilusión ni atemorizar por ningún fantasma. No temas, no temas nada. ¿Qué se podrá temer de un fantasma?

Cháudar, tranquilo y resignado, respondió:

— ¡Me entrego a la providencia de Dios.

Entonces el magrebí echó el benjuí en el braserillo y recitó durante algunos minutos las fórmulas mágicas. A medida que el benjuí se consumía, el río iba disminuyendo; se vieron flotar las puntas de las hierbas

acuáticas y luego ir cayendo por la superficie; luego se divisaron algunas piedras y guijarros; por fin apareció la arena del fondo, y la puerta de oro relució a los rayos del sol. Cháudar bajó; llamó a la puerta y oyó una voz que preguntaba:

— ¿Quién llama a la puerta de los tesoros y no sabe romper sus encantamientos?

El pescador respondió:

— Yo soy Cháudar, hijo de Omar.

En seguida la puerta se abrió sola y apareció un hombre con un sable en la mano.

— ¡Presenta tu cabeza! — le ordenó a Cháudar.

Éste obedeció; el hombre dió un golpe y cayó sin vida, como el mago había predicho.

Cháudar pasó resueltamente la segunda puerta, y la tercera y la cuarta. Aparecían los espectros y el pescador los reducía a la impotencia. Al fin llegó a la puerta séptima, en donde apareció su madre, cubierta la cabeza con varios velos.

— ¡Salud, oh hijo mío! — exclamó.

Cháudar, turbado, preguntó:

— Y tú, ¿quién eres?

— Yo soy la que te ha concebido, la que te he llevado nueve meses en mi seno, la

— ¡Presenta tu cabeza! — ordenó a Cháudar,
amenazándole con el sable.

que te he amamantado un año entero, la que te he criado hasta hacerte hombre.

— Mientes — clamó Cháudar, repuesto de su emoción —. Si tú fueras mi madre, yo te pediría la bendición. Ahora te ordeno que te despojes de la máscara que te cubre.

— Te juro que eres mi hijo — decía el espectro —. ¿Cómo quieres que descubra ante ti las huellas que el tiempo imprimió en mi rostro?

— ¡Descúbrete, te digo; si no, te cortaré la cabeza con este sable! — gritaba Cháudar, a la vez que cogía uno que había colgado y lo blandía con violencia —. ¡Si no te descubres, te mataré!

La lucha fué larga. Cháudar renovó muchas veces sus amenazas; el sudor le corría por la frente; pero no cesó de exigir y amenazar hasta que el primer velo de la aparición cayó por tierra.

— ¡Quítate los otros! — gritaba enronquecido —. ¡Los otros, los otros!

Y conforme iban cayendo los velos, la sombra se defendía, diciendo:

— ¡Hijo mío, mi Cháudar! Has estado largo tiempo lejos de mí, y te han cambiado el corazón. ¿Qué hacías tú, pues? Yo llo-

raba y te esperaba todos los días. A ti, en cambio, te enseñaban a odiarme. Nunca me hubieras hablado como lo haces ahora, cuando tu padre vivía y sentía celos porque me querías más que a él; o cuando, después de su muerte, me recogiste y los dos vivíamos con tu trabajo.

— ¡Desenmascárate! — volvió a gritar Cháudar.

La sombra continuó:

— ¿Porque eres rico, ahora me desprecias? Bendecías la miseria por causa mía, y eras feliz porque la pobreza nos había reunido para siempre. ¿Ves cómo tenía razón en no querer dejarte ir? El mago es quien te ha perdido, él es quien te engaña. Quiere llegar a ser todopoderoso, y esto no lo puede conseguir más que con un crimen, y te impulsa a cometerlo. ¡Hijo mío! Respeta la ley, salva tu alma, y dí al magrebí que compre él, perdiéndose, su odiosa fortuna. Pero tú, hijo mío, tira el sable; deja ese aire amenazador que espanta a tu madre. Siempre te he visto dulce y bueno; sé bueno siempre para los tuyos. He hecho lo tú querías; he cedido hasta aquí, y aun ahora cedería si de ello hubiere de resultar algún benefi-

cio para mi pobre Cháudar. Pero te juro que es malo esto que exiges. Cede tú también. No me digas que me quite el único velo que me cubre el descarnado rostro. Evítale a tu madre esa vergüenza. Hasta ahora te perdono, y Dios puede todavía perdonarte como tu madre. Si insistes en despojarme de este velo, Dios te maldecirá, Cháudar, y yo también habré de maldecirte.

— Tienes razón — balbució Cháudar —. No, tu hijo no te hará la ofensa de descubrir tu rostro.

No había acabado Cháudar de decir estas palabras, cuando el espectro se levantó y gritó con voz formidable:

«— ¡Ha fracasado en la prueba!»

Luego Cháudar oyó risas confusas, como de una muchedumbre que cuchicheara en las profundidades de aquellos subterráneos. A la vez, sintió que le golpeaban. Caían sobre él los garrotazos como la lluvia sobre los tejados; después, manos invisibles se lo arrojaban de unos en otros; entonces perdió el conocimiento. Las siete puertas fueron cerrándose tras él con fragor de tormenta; de todo apenas si se daba cuenta en el vago sopor en que estaba hundido; la

puerta de oro se cerró también, el magrebí recibió en sus brazos a su compañero desvanecido, y el agua del río volvió a subir hasta que alcanzó su nivel ordinario.

* * *

El río seguía ya su curso cuando Cháudar volvió en sí, como el que se despierta perezosamente de una borrachera. El magrebí, en tono severo, le gritó:

«— ¡Qué has hecho, desgraciado!

»—¡Ay!—suspiró Cháudar—. Había triunfado ya de todos los espectros y me hallé delante de mi madre. Larga lucha se trabó entre los dos; no obstante, ella principió a obedecerme y se fué despojando uno a uno de sus velos; pero cuando se iba a quitar el último, lloró y me suplicó de forma que me traspasó el corazón.

»— No me obligues — decía — a descubrir mi rostro ante tu vista.

»Yo estaba turbado; sentía caer el sudor a chorros por mis mejillas; mucho rato me hice violencia. No podía acostumbrarme a la idea de violentar a mi madre, y menos a poner mis ojos en su rostro. Tú me habías

pedido que tuviese valor contra el sable, contra la lanza, contra la flecha; supe resistir las amenazas del león, de los dragones. Pero era más que valor el que se necesitaba para ir contra un respeto de tantos años, contra un amor que había nacido conmigo, que ha vivido siempre en mi corazón: contra el amor hacia mi madre. El espectro me hablaba con su misma voz, y no he podido resistir. He sido burlado por su astucia, y entonces, cuando yo he caído a los pies de mi madre, el traidor se ha levantado de pronto, gritando:

» — ¡Ha fracasado en la prueba! ¡Pegadle, pegadle!

» — Millares de brazos me han golpeado. He perdido el sentido. Millares de manos me empujaban. Después no sé lo que me ha sucedido.»

— ¿Pero no te había dicho yo que todo era ilusorio? — reprochó el magrebí —. Ahora hay que esperar un año. Los hijos del rey Alahmar me deben obediencia durante este tiempo. Te quedarás conmigo para reparar tu falta y lograr nuestro propósito.

Abdesamad, elevando la voz, gritó:

— ¡Aquí!

Reaparecieron los dos esclavos, que plegaron la tienda y se llevaron lo que allí había; todo en un momento. Trajeron las dos mulas, en las cuales volvieron a la ciudad el magrebí y el pescador, sin hablar palabra.

* * *

Cháudar pasó un año entero como huésped de Abdesamad. Una mañana, el magrebí, al levantarse, le dijo:

— Ha llegado el día en que hace un año fuimos a abrir el tesoro de Xamardal. Levántate, Cháudar, y vamos.

— Vamos — asintió Cháudar.

El mago llevó a su amigo fuera de la ciudad. Ya en el campo, otra vez vinieron los esclavos con las mulas negras, y también montados en ellas se dirigieron rápidamente a la orilla del río. Levantaron la tienda; la alforja proveyó de comida y bebida.

Antes de poner el benjuí en la lumbre, trató de repetir sus recomendaciones a Cháudar; pero éste, sin dejarle hablar, advirtióle:

— ¡Señor peregrino! ¡Mala memoria tendría yo, si hubiera olvidado la paliza que

me dieron! Puedes estar tranquilo; tengo bien presentes todas tus instrucciones.

— Cuida de tu persona — le advirtió el mago —. No te dejes deslumbrar por vanos fantasmas. No tomes a lo que sólo es una sombra por un cuerpo, ni creas que es tu madre un Genio que encarna su figura. Una advertencia última quiero hacerte y fíjate bien en ella: Si la vez primera saliste vivo de las cavernas de Xamardal, esta vez, al más ligero olvido, las manos invisibles te arrojarán afuera, muerto, y los hijos del rey Alahmar me quemarán a mí también.

Seguidamente, Abdesamad principió sus conjuros. El río se fué secando, hasta dejar la puerta al descubierto. Cháudar bajó. Llamó y le abrieron. Todo se repitió como la vez primera. Los seis Genios se presentaron y cayeron a tierra sin fuerza. Al fin apareció su madre, como la vez anterior.

— ¡Bien venido, hijo mío! — le saludó.

— ¡No soy tu hijo, Dios te maldiga! No hay entre nosotros sino que me has de obedecer. ¡Descúbrete! ¡Quítate esa máscara!

El espectro-genio se quitaba los velos lentamente uno a uno; y trataba de quebrantar con llantos el corazón de Cháudar. Ya

no quedaba más que el último velo que cubría el rostro del espectro.

— ¡Quítatelo en seguida, visión maldi-

El espectro-genio se iba quitando los velos uno a uno...

ta! — gritaba Cháudar con el sable levantado.

El espectro llevó las manos a sus costados y cayó como cuerpo sin alma.

Quedó roto el encantamiento. Cháudar entró y vió los montones de oro que encerraba el tesoro de Xamardal. Ni los tocó siquiera: no estaba allí lo que él buscaba. Se fué derecho a la tribuna, descorrió la corti-

na y se halló delante del célebre mago. Xamardal hallábase, como el magrebí había dicho, en un estrado de oro. Sus párpados no estaban cerrados; miraba, pero no veía.

Cháudar se quedó admirado de este sueño tan parecido a la vigilia, de esta vida tan semejante a la muerte. No se atrevía a moverse, temeroso de que Xamardal se levantase irritado; pero, acordándose de que todas las palabras del magrebí habían salido ciertas, se adelantó; desciñó el sable con precaución, tomó el anillo, la redoma del alcohol y la esfera mágica, sin que los ojos de Xamardal perdieran su inmovilidad.

En aquel momento la sala subterránea se iluminó espléndidamente; se oyó un concierto de voces y de instrumentos músicos que, a través de las inmensas galerías, iban cantando con la más agradable armonía.

— ¡Gloria a Cháudar! ¡Que todo lo que llevas, oh Cháudar, sea para tu mayor felicidad!

Esta música le fué siguiendo hasta que volvió a la luz del sol. Entonces la puerta de oro se cerró. Vió al magrebí que le esperaba y que dejó apagar el fuego y terminó sus conjuros. El agua volvió a correr; el

río tomó el nivel de ordinario, y Abdesamad abrazó a su amigo con transportes de alegría.

El magrebí no pudo ocultar su júbilo, pues jamás pensó que Cháudar resistiese las terribles pruebas a que fué sometido.

Cháudar le entregó los cuatro talismanes. Recibiólos el magrebí y llamó a los esclavos; quitaron éstos la tienda y trajeron las mulas, en las cuales volvieron a Fez los dos amigos. Cenaron. Después Abdesamad dijo al pescador:

— Hermano mío, tú has abandonado tu país por mí y me has ayudado en una empresa dudosa, llena de peligros para ti. Te debo gratitud eterna; si deseas quedarte aquí, serás mi hermano; si prefieres volver a tu patria y familia, pídeme lo que quieras: soy más rico que un rey.

— Señor — pidió Cháudar — sólo deseo la alforja mágica.

El magrebí entregósela al momento, diciéndole:

— Tuya es. Me has dado cuatro talismanes que cualquiera de ellos vale mil veces más. Pide otra cosa, porque esta alforja sólo te procurará la comida. Te daré un saco

lleno de oro y de piedras preciosas; y puesto que deseas marcharte, te facilitaré los medios para ello. Una vez junto a tu familia, podrás dedicarte al comercio y hacer una gran fortuna, ya que no tendrás que gastar en comer. Para utilizar la alforja, has de decir al meter la mano: «Por la virtud de los noventa y nueve nombres de Dios, siervo de la alforja, sírveme tal o tal clase de comida.» Y él te la servirá, aunque le hubieses pedido mil platos diferentes.

El magrebí llamó luego a un negro, que trajo dos mulas: en una cargaron el saco de oro y piedras preciosas y la alforja maravillosa.

— El negro y su mula —dijo a Cháudar— irán delante de ti, y te enseñarán el camino hasta dejarte ante las puertas de tu casa. Toma allí el saco y la alforja y dale la mula al negro, que la recogerá. Que todo lo que ha sucedido quede secreto entre nosotros. Teme a los ojos; teme a las lenguas; sujeta sobre todo la tuya, porque nadie te traicionará, si tú no te traicionas primero. ¡Vete en paz y que Dios te libre de todo peligro!

— ¡Que Él multiplique tus bienes! — con-

cluyó Cháudar, besando su vestido y poniéndose las manos sobre el corazón.

Salió delante el negro. La mula de Cháudar caminó todo el día y toda la noche, sin parar un momento. Por la mañana, al salir el sol, entraron en el Cairo por la puerta de la Victoria.

Cháudar caminaba por las calles de la ciudad, dando gracias a Dios por haberle sacado con bien de su aventura, cuando divisó a una pobre mujer que, con la cabeza hundida sobre el pecho, tendía la mano en demanda de una limosna. Viéndose rico, quiso ser generoso y se acercó para socorrerla. La pobre mendiga levantó entonces la cabeza, y un solo grito salió de las dos bocas: era su madre.

Cháudar la montó sobre su cabalgadura y la llevó a su casa. Cuando vió la puerta, tomó en brazos a su madre y la hizo entrar. Cogió luego el saco y la alforja y entregó la mula al negro (los dos eran Genios, al servicio del magrebí).

— ¡Madre mía! — le dijo en cuanto estuvieron solos —. ¿Se han muerto mis hermanos?

— Viven y están buenos, gracias a Dios.

— Pues entonces, ¿cómo es que tú pides limosna por las calles?

— Porque tengo hambre, hijo mío, y no estás tú para procurarme el sustento.

— ¿Pero no te dejé más de mil dinares antes de marcharme?

— ¡Ay, hijo mío! Tus hermanos me engañaron y me los sacaron con buenas palabras, diciéndome que se iban a dedicar al comercio. Pero no los he vuelto a ver.

— ¡Alabado sea Dios! Aquí estoy, madre mía, y rico. Mira este saco lleno de oro y de piedras preciosas; pídeme lo que quieras, que podré comprarte la mitad del Cairo.

— Sólo deseo un pedazo de pan; no he dormido esta noche por no haber tomado ningún alimento.

— ¡Pan, pan! — exclamó Cháudar —. Esto no es de nuestra categoría. Pide otra cosa. Lo que se te antoje, lo tendrás al instante.

— Pero yo no veo nada en tus manos — dijo la mujer, extrañada.

— Tú no ves lo que hay dentro de esta alforja; nombra un alimento cualquiera y yo te lo traeré.

— Cualquier cosa es buena cuando se

tiene hambre — respondió la madre, como Cháudar había respondido al magrebí.

— Pide lo que te apetezca, pues hay donde escoger.

— Bien, pues tráeme un pan caliente y un pedazo de queso.

— El queso no es digno de ti.

— Pues dame, ya que tú lo sabes, lo que sea digno de mí, porque yo no lo sé.

— Perfectamente. Te daré carne y pollo asados, arroz con especias, salchichas, tortilla, miel de abejas, pasteles, confituras...

Y fué nombrando tantos platos como los que él había comido en Fez. Su madre creyó que estaba loco y trató de volverle a la realidad.

— Pero ¿dónde tienes tantas provisiones? — le preguntó.

— En esa alforja, si me la quieres alcanzar.

Al traerla la sopesó y la encontró vacía. Sin embargo, diósela a Cháudar. Éste fué sacando todos los platos que había dicho. Su madre no salía de su asombro.

— ¿Cómo puedes sacar todo esto de ahí dentro? — preguntaba.

Y el pescador, que jamás había tenido

secretos para su madre, le contó que la alforja estaba encantada y se la había regalado el magrebí. Era suficiente pedir al Genio servidor de la alforja tal o cual plato, para que él lo trajese.

— ¿Podría yo misma sacarlos también? — preguntó la madre, dominada por grandísima curiosidad.

— Ya lo creo. Basta que digas: «Por la virtud de los noventa y nueve nombres de Dios, siervo de la alforja, sírveme tal o cual clase de comida.»

La madre, como Cháudar le decía, pidió al Genio un pastel de miel: al momento sintió el plato en su mano. Repitió la prueba varias veces, con gran satisfacción de Cháudar, que la instruyó también de la necesidad de tirar las sobras de comida y de volver a colocar dentro de la alforja los platos.

— Guarda la alforja cuidadosamente — la advirtió después —; sepulta el secreto en tu pecho; sé prudente y ten la lengua muda. Cuando quieras pide al Genio lo que te apetezca, esté yo presente o ausente.

* * *

Los hermanos de Cháudar supieron la llegada del viajero. No faltó vecino curioso que les dijera haberle visto venir montado en una hermosa mula ricamente aparejada,

La madre de Cháudar iba pidiendo manjares, y los platos salían de la alforja a medida de su deseo.

precedido de un esclavo montado en otra mula, vestidos con trajes como los que suelen usar los reyes. Los dos hermanos pensaron cuán mal habían hecho en portarse con su madre tan inicuamente, y se juzgaron perdidos a los ojos de Cháudar, cuando más le necesitaban. Pero uno de ellos sugi-

rió al otro la idea de presentarse a su hermano, fiando en la indulgencia acostumbrada de la madre y en la bondad de Cháudar.

Entraron en la casa con los ojos bajos, como de vergüenza, cuando Cháudar comía con su madre. Él les recibió con los brazos abiertos, les excusó su manera de proceder, achacando su fracaso a los naturales vaivenes de los negocios; rogó a su madre que les perdonara su falta, fruto amargo de la necesidad.

— Si vosotros — les decía — habéis tenido pérdidas, yo he vuelto rico y os puedo ayudar de nuevo. Todo es de nuestra madre. Sentaos y comed; la madre, que es todo corazón, recibe en su casa a sus tres hijos.

Sentáronse y comieron como ogros: Cháudar hubiera comprendido que estaban pasando hambre, si la flaccidez de su rostro no lo indicara claramente. Satisfecha la necesidad, Cháudar encargó a sus hermanos que dieran a los pobres las sobras. Ellos querían guardarlas para cenar; pero Cháudar les dijo:

— Cuando llegue la hora de cenar, tendremos mucho más de lo que demos a los pobres.

Entonces los hermanos de Cháudar salieron a la calle y a todo pobre que pasaba le daban de comer hasta que los platos estuvieron vacíos; se los devolvieron a Cháudar, quien se los entregó a su madre para que los guardase en la alforja.

Así continuaron durante diez días más: Cháudar preparaba la comida utilizando los servicios de la alforja, su familia comía opíparamente, daban las sobras a los pobres, y algunas veces no faltaban las confituras y dulces para obsequiar a los vecinos.

Tal prodigalidad llamó la atención de los hermanos de Cháudar. Se extrañaban, sobre todo, de que jamás veían guisar, ni comprar nada, ni había en la casa criado alguno que preparase aquellos banquetes propios de reyes. Y decidieron arrancar el secreto a la madre, cuya debilidad conocían.

Un día se hicieron los encontradizos con ella en las horas que Cháudar se solía ausentar.

— ¡Tenemos hambre! — la dijeron.

— Esperad un momento, que os traeré comida — respondió la mujer muy alegre.

Fué al cuarto bajo, sacó de la alforja unos platos, y llamó a sus hijos para que

comiesen antes de que la comida se enfriase. Ellos se mostraron muy sorprendidos.

— ¡Comida caliente! — exclamaron —. ¡Pero si no has tenido tiempo siquiera de encender la lumbre!...

— No — contestó la madre, divertida con la sorpresa y olvidada de las recomendaciones de Cháudar —. No necesito lumbre. Todo sale de la alforja.

— ¿Qué alforja? — preguntaron los dos intrigadísimos.

Ella comprendió que se le había ido la lengua; pero creyó en su sencillez que nada malo había en que revelara el secreto a sus hijos. Les explicó, pues, el misterio de la alforja, aunque pidiéndoles que lo ocultaran ante su hermano. Ellos prometieron guardar el secreto, y la madre les enseñó el manejo del maravilloso talismán.

* * *

Mientras Cháudar estaba tranquilo, creyendo ignorado su secreto, sus hermanos tramaban un complot. Se creían postergados en la casa; se rebelaban contra aquella situación de protegidos de Cháudar, que

los ponía por debajo de los criados, al nivel de los mendigos que viven de limosna. Y para salir de aquella humillante situación, determinaron desembarazarse de su hermano. Decididos a poner en práctica su malvado propósito, se fueron al puerto para hablar con cierto capitán de barco que hacía la travesía del mar de Suez.

— Capitán — le dijo Sálim después de saludarle —, venimos a proponerte un negocio.

— Bien me parece — asintió el marino.

— Nosotros tenemos otro hermano menor que es un granuja. Al morir nuestro padre nos dejó una fortuna regular; partimos; este hermano menor se llevó más parte de la que le correspondía, y gastó lo suyo y lo nuestro. Cuando se vió arruinado, nos llevó a los tribunales, una vez, y otra, y otra, hasta que en ellos se perdió toda nuestra herencia. Este desgraciado no deja de suscitarnos cuestiones cada día, y nosotros deseamos deshacernos de él para que no deshonre más el nombre de nuestra familia. Que sea esclavo, ya que no quiere ser bueno. Te lo venderemos: ¿lo comprarás tú?

— Sí, os lo compraré por cuarenta dina-

res — respondió el capitán —, siempre que me lo traigáis aquí. Una vez en el barco, me haré a la vela.

— Nada más fácil. Esta noche te vienes a cenar con nosotros, acompañado de dos de tus hombres. Nos apoderamos de él, le atáis y le traéis al barco.

— Iremos esta tarde — afirmó el capitán.

— Después de la oración del *axa* (vísperas) irás al barrio tal: en la esquina de la *zagüía* (1) uno de nosotros os estará esperando.

Los dos hermanos volvieron a casa. Sálim se dirigió a Cháudar, y, besándole la mano, le pidió el siguiente favor:

— Yo tengo un amigo — le dijo — que me ha convidado muchas veces a comer, durante tu ausencia. Hoy me lo he encontrado por casualidad y me ha invitado a cenar con él; yo me he excusado, por tener que acompañarte, y me ha dicho que fueras tú también. Pero yo, adelantándome a tus deseos, le he convidado a él y a sus dos hermanos, que iban a su lado, para que vengan a cenar con nosotros. Yo creí que

---

(1) Institución mixta de capilla, hospital y escuela.

rehusarían, mas han aceptado al momento y los tengo que esperar en la esquina de la *zagüía*. Me he permitido esta libertad, pensando que para tu fortuna no significa nada el dar una comida a estos tres amigos; pero si su presencia te molesta, dímelo y pediré a cualquier vecino un sitio donde recibirlos.

— ¿Por qué acudir a los vecinos? — dijo Cháudar complacido —. Que vengan aquí: la casa es suficiente para recibirlos; la comida no faltará, aunque vinieran trescientos. Tráelos, y muy agradecido de poderles prestar hospitalidad.

Sálim besó otra vez la mano de Cháudar y se fué en dirección a la *zagüía*, a donde llegaron el capitán y sus satélites a la hora señalada. Cháudar los recibió amablemente, y la madre preparó la comida necesaria. Comieron todos hasta hartarse, obsequiados por Sálim, que parecía el anfitrión.

Cuando los vapores de la cena se subieron a la cabeza, todos sintieron la necesidad de dormir. Cháudar se apartó a un lado y durmióse. Otro tanto fingieron hacer los demás. Así que Sálim se cercioró del sueño de Cháudar, llamó al capitán y a sus dos

hombres, que amordazaron al infeliz antes de que se despertara; no pudo gritar cuando lo llevaban cargado por las calles de la

Amordazaron a Cháudar antes de que despertara, lo llevaron al barco y lo arrojaron sobre el puente.

ciudad hasta llegar al barco, en cuyo puente lo arrojaron. Comprendió que lo habían vendido como esclavo... Poco antes de amanecer, el barco se hacía a la vela para Suez.

* * *

Por la mañana Sálim y Sólim entraron al cuarto de su madre y le preguntaron:

— ¿Se ha levantado Cháudar?

— No lo sé — contestó la madre —. Id a verlo.

Volvieron al instante diciendo:

— No está en su cuarto. ¿Dónde podrá hallarse?

— Estará con los convidados — indicó la madre.

— Ni están los convidados ni él — volvieron diciendo —. ¿No se habrá marchado mientras dormíamos? Yo he oído a alguno de los huéspedes decirle: « — Iremos y te daremos la llave del tesoro.» Esta gente debían ser amigotes suyos del Magreb; y como su otro viaje le salió bien, de seguro que se ha marchado con ellos.

La madre, convencida del viaje con los magrebíes, exclamó:

— Dios quiera guiarle en su camino como la otra vez, y nos le devuelva más rico todavía que entonces.

A la vez sus ojos se llenaron de lágrimas, y los suspiros se escaparon de su pecho.

— ¡Oh, maldita! — exclamaron Sálim y Sólim —. Tú no quieres más que a Cháudar: si él se va lloras, y por nosotros ni que nos quedemos ni que nos vayamos, se te importa un ardite.

Entonces la madre les reprochó su mala conducta para con ella, y les ensalzó el buen comportamiento de Cháudar.

— Lloro — les dijo — de pena y de gratitud por los beneficios que de él he recibido, como vosotros, ¡ingratos!

Al oír tales palabras los dos se enfurecieron e insultaron a la pobre mujer, que hubo de encerrarse en su cuarto. Luego los dos malvados revolvieron toda la casa hasta dar con la alforja y con el saco lleno de oro y de piedras preciosas. La madre salió de su escondite, y al ver la rapacidad de sus hijos, les preguntó espantada:

— ¡Pero qué hacéis?

— Tomamos la fortuna de nuestro padre — la replicaron.

— ¡Embusteros! — gritó la pobre mujer enfurecida —. ¡Embusteros! Las riquezas de vuestro padre las habéis disipado vosotros; lo que os lleváis es de vuestro hermano.

— Tú eres la que mientes — respondieron —. Nuestro hermano no ha traído del Magreb nada; esto es lo que ha ocultado de la herencia del padre. Ahora tomamos lo que es nuestro.

Se repartieron las monedas de oro sin dificultad, y con alguna más discusión las piedras preciosas; pero cuando llegaron a la alforja, la disputa fué violentísima, pues los dos querían el talismán. La madre no lograba hacerse oír: les suplicaba que dejaran el maravilloso tesoro en su poder; que ella los serviría; que no inutilizaran el encanto. Pero ellos cada vez estaban más locos y más enfurecidos en su pelea: los golpes menudeaban.

Un arquero de la guardia del rey, que por casualidad cenaba en una casa contigua, oyó la disputa y se enteró de las maravillosas cualidades de la alforja mágica y de la existencia de un saco lleno de oro y piedras preciosas. A la mañana siguiente contó al rey Xems Eddaula (sol de la dinastía) lo que había oído por la noche. El rey mandó a buscar a los dos hermanos de Cháudar, que acabaron por confesar la verdad. El soberano se apoderó de los objetos maravillosos; mandó a un calabozo a los dos hermanos y se encargó de proveer a las necesidades de la madre mientras Cháudar estuviese ausente. Todos los días criadas de palacio le llevaban la comida. Y ella hu-

biera sido feliz, de haber tenido alguna noticia de su bondadoso hijo Cháudar.

* * *

Un año entero permaneció Cháudar esclavo en Suez. Pasado el año, su amo se embarcó, y a los pocos días de navegación una tormenta arrojó el navío contra las rocas y lo estrelló. Cháudar fué el único náufrago que pudo ganar la playa. Anduvo al azar hasta que tropezó con una caravana. Un comerciante de Chedda le propuso tomarlo a su servicio, y Cháudar se fué con él hasta la Meca, donde iba a cumplir con el deber de la peregrinación. En la ciudad sagrada volvió Cháudar a encontrar la felicidad, pues un día que, siguiendo las ceremonias, daba la vuelta a la casa del Profeta, se tropezó con su amigo el caballero negro, el magrebí Abdesamad que, después de saludarle con el mayor contento, le preguntó la suerte que corría.

Cháudar le contó lo que le había acaecido. El magrebí se le llevó consigo, le vistió espléndidamente y le tomó de nuevo bajo su protección. Trazó en la arena su horóscopo, y exclamó:

— ¡El rey de Egipto te ha vengado, Cháudar! Veo a tus hermanos en el calabozo. Tu madre nada necesita, porque el rey cuida de ella. Puedes estar tranquilo y acabar las ceremonias de la peregrinación.

Cháudar le pidió licencia para ir a despedirse de su dueño, el comerciante de Chedda, al cual explicó su situación por haberse encontrado con su hermano el magrebí. Accedió el comerciante a dejar libre a Cháudar, y le dió por su salario veinte dinares, que tomó humildemente. Al salir, se encontró con un mendigo y le entregó aquella cantidad.

El resto de la peregrinación lo hizo en compañía de Abdesamad. Este quiso llevárselo a Suez; pero Cháudar anhelaba verse en el Cairo. Abdesamad respetó su voluntad.

— Vuelve al Cairo — le dijo — ya que no serías feliz en otra parte. Pero desconfía de tus hermanos. Está bien que los quieras; mas no que aguantes sus maldades. Para que siempre puedas defenderte, voy a darte un talismán que en todo momento has de llevar contigo: es el mismo anillo que tú sacaste del dedo del mago Xamardal. Así que

tuve en mi poder los cuatro talismanes, ya no ansié el libro, que dejé al jeque. Si él quiere, que descubra nuevos misterios; yo no intentaré ninguna aventura. Pero no quiero que se diga que Cháudar, que me ha enriquecido, vive en la miseria. Toma el anillo, y ya sabes que apenas lo frotes, se te presentará el Genio Arraad Aljásif y hará todo cuanto le mandes.

Y diciendo esto, frotó el mismo Abdesamad el anillo y apareció el esclavo, que preguntó con voz de trueno:

— ¿Qué quieres, señor mío? Listo estoy para servirte.

— Aquí tienes a tu nuevo dueño — le dijo el magrebí —. Desde hoy le obedecerás, como me has obedecido a mí.

Y le despidió. Cháudar le pidió licencia para volver al Cairo.

— Frota el anillo y no te preocupes de más.

Cháudar se despidió del magrebí; quedóse solo; frotó el anillo, y el Genio se presentó.

— Llévame — le ordenó — a Egipto, y déjame en mi casa del Cairo antes que se acabe el día.

— Oír es obedecer — dijo el Genio.

Cháudar se sintió arrebatado de la tierra. El Genio le había puesto sobre sus espaldas. Subió como una flecha lanzada contra el cielo. Cháudar perdió en seguida de vista los llanos y las montañas: no veía más que el disco del sol, prodigiosamente ampliado; por momentos el sol desaparecía; Cháudar pensó entrar en la noche visible. Gritos agudos estallaban por encima de su cabeza; eran enjambres de pájaros desconocidos que batían sus alas alrededor de él.

Al fin el Genio dejó de subir; planeó un poco tiempo; abatió luego el vuelo, y Cháudar comenzó a distinguir las cimas de las montañas como agujas en la superficie de una neblina; después se sumergió en aquella niebla y distinguió el mar de la tierra, las llanuras, las ciudades; y mientras miraba por debajo de sí las flechas agudas de los alminares, las cúpulas de las mezquitas, sintió una sacudida: el Genio, atravesando la terraza, le había dejado en el aposento de su madre.

No tardó en tranquilizar a la pobre mujer del susto que tan repentina visita le produjo; y, repuesta de su primera emoción, le

El Genio hizo a Cháudar montar sobre su espalda y, volando, lo transportó al Cairo y lo dejó en su casa.

contó lo que había sucedido y Cháudar ya sabía.

— Alégrate y olvida — le contestó el hijo.

Y frotando el anillo, ordenó al Genio:

— Mis hermanos están presos en un calabozo de palacio: quiero que los libertes y me los traigas.

Desapareció el Genio por la tierra y apareció en el calabozo, donde Sálim y Sólim pedían a Dios la muerte como lenitivo a sus penas. El Genio los cogió en brazos; se desvanecieron de miedo, y cuando volvieron en sí, estaban en presencia de su hermano, delante de su madre. Cháudar los saludó cariñosamente y ellos, bajando la cabeza avergonzados, prorrumpieron en sollozos.

— No lloréis — les dijo Cháudar —. Nada os reprocho. Si hay algo criminal en vuestros actos, lo ha cometido la ambición, Satán (¡a quien Dios maldiga!). Si os arrepentís, pedid perdón a Dios, clemente y misericordioso. Yo os perdono también: sed bien venidos y no temáis que yo os cause mal alguno.

Luego frotó el anillo y apareció el Genio. Sálim y Sólim, que no lo habían visto de frente, quedaron aterrados. Pensaron que

Cháudar le iba a ordenar matarlos y ellos pidieron a su madre clemencia. Pero Cháudar mandó:

— Hay en el tesoro del rey un saco y una alforja que ha quitado a mis hermano; tráemelos al momento. Y tráete también todo el dinero y alhajas que haya en el tesoro real.

Momentos después el Genio depositaba a los pies de Cháudar todo lo que éste le pidiera. Dió a su madre las alhajas y el dinero, guardó la alforja, y ordenó al Genio:

— Constrúyeme esta noche un palacio, que sea el más magnífico del mundo. Adórnalo con oro y plata, con mármoles y jaspes, y que esté levantado antes de salir el sol.

— Oír es obedecer — dijo el Genio, y desapareció.

Cháudar sacó la cena de la alforja y poco después todos se iban a dormir tranquilamente.

El Genio reunió legiones de Genios inferiores y con tal actividad trabajaron, que antes de clarear la luz del día pudo presentarse a Cháudar para decirle:

— ¡Señor! Tu palacio está concluído. ¿Vienes a examinar la obra de tu siervo?

Cháudar lo encontró admirable. Invitó a su madre a vivir en aquel palacio y, cuando ella hubo aceptado, encargó al Genio que trajera cuarenta circasianas bellas y blancas como el día, cuarenta abisinias negras y hermosas como la noche, cuarenta esclavos blancos y cuarenta esclavos negros de color de ébano, de labios de coral, de dientes de plata. Con otros Genios a sus órdenes, el del anillo recorrió al instante el mundo, y en la Persia, en la India, en la China fueron recogiendo las más hermosas doncellas, los más garridos mancebos, hasta completar las ochenta mujeres y los ochenta hombres, blancos y negros, que presentó a Cháudar, espléndidamente vestidos.

En un ala del hermosísimo palacio se alojó Sálim; en otra, Sólim. Y Cháudar con su madre ocupó la parte central.

* * *

Mientras esto sucedía en el palacio de Cháudar, el tesorero del rey fué, como de costumbre, a visitar el tesoro. Aterrado quedó al ver lo que había ocurrido. Dando

terribles gritos salió tambaleándose, hasta llegar a presencia del monarca.

— ¡Príncipe de los creyentes! — exclamó —. El tesoro ha sido robado esta noche.

— ¿Qué dices? — gritó el rey, mirándole con desconfianza —. ¿Dónde están las riquezas que te he entregado?

— Yo las he guardado fielmente. Nada he tomado. Ni yo ni los centinelas que vigilan continuamente hemos faltado de nuestros puestos. No comprendo cómo ha podido quedar vacío el tesoro. No queda ni una alhaja, ni una moneda. Juro por mi vida que está en tus manos, que persona humana no ha podido entrar en el tesoro.

— ¿Y la alforja mágica? — preguntó anhelante el rey.

— También ha desaparecido.

El rey Xems Eddaula fué con el tesorero a ver el desastre y se convenció de que los cerrojos y las cerraduras estaban intactos.

— ¿Quién es el ladrón que se atreve a desafiar mi cólera? — exclamó.

Convocó al Consejo. Los visires, los generales, los altos dignatarios, estaban aterrados; pero nadie, ni aun después de oír los informes del tesorero, sabía contestar.

En este apuro, el arquero de la guardia que descubriera la riña de Sálim y Sólim, pidió ver al rey. Le contó cómo había visto aquella noche levantarse un palacio magnífico, y cómo había sabido que Cháudar volvió ayer y mandó levantar aquel edificio soberbio, donde le servían esclavos blancos y negros, y donde vivían también sus hermanos, los que tenían presos.

El monarca ordenó que miraran el calabozo. Estaba igual que el tesoro: vacío.

— ¡Él! — exclamó el rey —. Él me ha quitado mis arcas; él ha libertado a sus hermanos. ¡Visir! Que vaya un emir con cincuenta hombres y le aprese. Que pongan mis sellos sobre todos sus bienes y me lo traigan con sus hermanos.

— ¡Oh, rey del tiempo! — replicó el visir —. Permíteme un consejo. Si ese hombre ha podido construir un palacio en una noche... temo por el emir y sus soldados.

— ¿Qué crees tú que debo hacer?

— Lo mejor sería invitar a Cháudar con palabras de benevolencia, yo mismo iría a verle. Tú le recibirías amablemente, y procuraríamos enterarnos de su riqueza, de su fuerza. Y si podíamos, le tenderíamos un la-

zo, nos apoderaríamos de él y podrías disponer de su vida.

Se conformó el rey con el consejo del visir, y envió a un emir, llamado Otmán, que dijese al antiguo pescador: « — Cháudar, el rey Xems Eddaula te invita a un banquete que da hoy.» Con orden de no volver sin traer consigo a Cháudar.

Era el emir Otmán necio y orgulloso. Apenas llegó al palacio de Cháudar, se dirigió a un esclavo que estaba a la puerta, sentado en cuclillas, y le preguntó con altanería:

— ¡Esclavo! ¿Dónde está tu señor?

— En el palacio — respondió el esclavo, sin moverse siquiera.

— ¡Vil esclavo! — gritó Otmán —. ¿Por qué permaneces sentado cuando yo te hablo? ¡Atiende! ¡Levántate y anda de prisa a anunciarme, sin que yo tenga que hablarte más!

El esclavo siguió inmóvil y sin hacerle caso. El emir alzó su maza para golpearle; pero el esclavo, que era un Genio, se levantó de pronto, quitó la maza al emir y le dió cuatro palos. Los hombres del emir se arrojaron sobre el esclavo, que empezó a

repartir estacazos hasta que, dispersada aquella compañía, volvió a sentarse tranquilamente en su sitio.

Profunda indignación causó al rey tal ac-

El Genio comenzó a repartir estacazos hasta dispersar al emir y a la tropa que con él venía.

to. Envió otra vez al emir con cien hombres, y le sucedió lo mismo que antes. Y cuando fué con doscientos, y con quinientos. Hasta que el visir recordó al rey su consejo de prudencia, y se fué a ver a Cháudar solo y sin armas. Saludó al esclavo de la puerta, y éste le contestó diciéndole:

— ¿Qué quieres, hijo de la mujer?

Por esto conoció el visir que se las había con un Genio y, dominando su temor, le preguntó con amabilidad por su señor Cháudar, y le rogó que le transmitiera, de parte del rey Xems Eddaula, la invitación al banquete que iba a celebrar.

El Genio, dejando al visir en el umbral, pasó a dar el recado a su señor y le contó lo sucedido con el emir y sus guardias. Cháudar mandó que entrase el visir, el cual se quedó estupefacto al ver la belleza del palacio, el esplendor de la decoración, la riqueza de sus muebles; jamás había visto cosa semejante. Prosternóse respetuosamente y expuso el objeto de su embajada. Cháudar le contestó:

— Si el rey estima en algo mi amistad, que lo demuestre viniendo en persona a invitarme. No iré a comer con él si antes no se ha sentado a mi mesa.

Y utilizando los servicios del Genio del anillo regaló al visir un magnífico vestido de honor.

Contó el embajador al rey su visita a Cháudar, y alabó el lujo y la riqueza de su palacio, terminando por aconsejar al sobe-

rano que fuese él primero a visitar al antiguo pescador.

El rey accedió, dominando su orgullo, y fué acompañado de toda su guardia. Cháudar había formado otra con *afrits* (Genios) altos y terribles, cuyas filas se extendían desde la puerta del palacio hasta las gradas mismas de su estrado. Cuando llegó el monarca, Cháudar, indiferente a la visita, no se levantó de su trono, no hizo el menor movimiento de cabeza; el rey, sintiéndose débil y humillado, dobló la rodilla ante un hombre por vez primera.

Cháudar habló con tono seco:

— ¡Rey del tiempo! ¿Habrá crimen mayor que el tuyo? Yo me marché confiando mi fortuna a mi madre y a mis hermanos; no cuidé de protegerla sino contra los ladrones. No había sospechado que el propio rey había de llevarse mis bienes y encarcelar a sus poseedores.

Xems Eddaula trató de excusarse y alegó en su favor el haberse portado bien con la madre de Cháudar. Por esta consideración sola, el antiguo pescador le perdonó y, con extrema amabilidad, le hizo un gran obsequio. Ofrecióle un opíparo banquete, servi-

do por la alforja mágica, y regaló a él y a su séquito con espléndidos vestidos.

Todos quedaron encantados de Cháudar, en especial el rey, que no sabía pasar un día sin visitarle y hablar con él. Sólo alguna vez se preocupaba con la idea de que Cháudar quisiera apoderarse del trono. El visir le tranquilizaba, diciéndole que si tales fueran las intenciones de Cháudar, ya las hubiera realizado. Le propuso, además, que ofreciera su propia hija al joven pescador. El visir, con gran habilidad diplomática, consiguió que Cháudar pidiera la mano de la princesa.

El rey, con consejo de sus ministros, accedió, aceptando la dote que Cháudar le quisiera dar, que fué el saco de piedras preciosas que le regalara el magrebí. Grandes fiestas se celebraron con motivo de este matrimonio, por el cual se unieron la fortuna y el poder de Cháudar, el antiguo pescador, con los del rey.

* * *

Poco tiempo después, el monarca murió. Los altos dignatarios ofrecieron la corona a

Cháudar, que resistió mucho, pero que al fin aceptó.

Pasados algunos años de reinado, Cháudar murió víctima de ambiciosos, que quisieron apoderarse del anillo y de la mágica alforja. Su mujer, que era sabia y discreta en grado sumo, hizo pedazos los dos maravillosos talismanes, para que no dieran ocasión a nuevos crímenes.

¡Gloria a Dios, Señor de los mundos!

EL PÁJARO VERDE

Hace mucho tiempo vivía en Persia un rey cuyas riquezas eran incalculables, y cuyo reino comprendía inmensas extensiones de terreno. Pero su vida estaba envenenada por los sufrimientos que le causaba la falta de hijos.

Cierto día en que su pena era todavía más intensa que de ordinario, se revistió una túnica de color rojo como el fuego, y se dirigió al salón de las audiencias. Su visir, aterrado al ver aquel traje de luto, le preguntó:

— ¡Señor! ¡Que Dios alargue tus días! ¿A qué triste presagio se debe el que hoy te veamos con ese terrible vestido?

— ¡Es mi traje de duelo y de llanto: como

Según las *Mil y una noches*, edición Gauthier, París, 1823, V, 416.

mis pensamientos son negros y mis horas amargas! — respondió el soberano.

— ¿Por qué no tratas, señor, de buscar alguna distracción viendo los inmensos tesoros que guardas en tu palacio? Acaso tus ojos descansaran contemplando los mil objetos preciosos, hermoseados por el arte, que son la gloria de tu dinastía.

— Dios sólo — replicó el monarca — podría arrancar de mi alma la melancolía. Estoy privado de lo único que podría hacerme feliz sobre la tierra: no tengo hijos que hereden mis tesoros y mi reino. ¿Para qué me sirve todo esto, si al fin he de abandonarlo en el momento de la muerte?

Entre los que esperaban la hora de la audiencia había un anciano de aspecto venerable. Al oír estas lamentaciones del rey acercósele respetuosamente y le dijo conocer una receta para curar tal enfermedad. Y el soberano, agradeciéndolo mucho, la tomó, y tuvo la satisfacción de comprobar sus resultados beneficiosos: al cabo de algunos meses la sultana estaba encinta. Tan feliz novedad fué mandada celebrar por el rey con grandes fiestas y con el reparto de considerables limosnas.

Naciéle al rey un hijo encantador y lleno de gracias, a quien por esta razón pusieron por nombre Hasán. Quedó el niño en poder de las nodrizas hasta que alcanzó la edad de seis años; entonces fué entregado a varios sabios maestros, que le enseñaron el divino Alcorán y le impusieron en el conocimiento de las diversas ciencias religiosas y literarias. Apenas había llegado a los doce años de edad, cuando sobresalía en el arte de montar a caballo, era peritísimo en el lanzamiento de flechas y dardos, a tal extremo, que bien pronto fué el más gentil caballero de todo el reino.

Un día que el príncipe se había idō a cazar por los alrededores de la capital, vió un pájaro grande, cuyo brillante plumaje era completamente verde. Pero apenas tuvo tiempo de tender su arco: el pájaro había desaparecido. En vano dió vueltas y más vueltas buscándolo por todas partes: el ave del extraño plumaje había escapado y no se la encontró por ningún sitio.

Hasán volvió a palacio fatigado por la inutilidad de los esfuerzos, y desconsolado por no haber conseguido cazar tan bello animal. Su padre, el rey, al notar su aire de

tristeza, le preguntó cuál era la causa de su pena; el joven respondió:

— He visto un pájaro verde, y de tal

El príncipe tendió el arco con presteza; pero el pájaro verde ya había volado.

modo me ha subyugado, que juro no comer carne mientras no cace uno como él.

De nada sirvió que el rey le hiciese reflexionar que el Creador, en su sabiduría infinita, había formado una serie de pájaros tan variada que habría en ella muchísimos todavía más hermosos que aquél. Ninguna consideración pudo consolar a Hasán, que al amanecer el día estaba otra vez reco-

rriendo la llanura en espera de cazar al pájaro de plumaje verde.

Tras muchas horas de recorrer montañas y llanuras, el príncipe vió otra vez su amado pájaro, posado en la alta rama de un corpulento árbol. Acercóse con suma precaución; blandió su arco y disparó; pero el animal pudo huir sin que la flecha le alcanzara. El príncipe le siguió con toda la velocidad que sus piernas le permitían; mas nunca le podía alcanzar a distancia de tiro. Persiguiendo su presa, pasó del llano al monte, volvió del monte al llano, dió vueltas por vericuetos inaccesibles, subió a cerros que parecían perderse entre las brumas de las nubes, bajó a los más abruptos y profundos abismos, y sólo la llegada de la noche pudo detener la tenaz persecución.

Muerto de fatiga, se dispuso a volver a la ciudad, con paso desmayado. En un recodo del camino se tropezó de pronto con un anciano de luengas barbas blancas y rostro amable, que le habló así:

— ¡Príncipe! Parece que estás muerto de cansancio; ¿sería impertinente preguntar qué ha podido ponerte en tal extremo?

— ¡Abuelito! — contestó Hasán —. Ven-

go de perseguir un pájaro verde; pero, aunque lo veo y lo sigo, se escapa siempre a mis flechas. Y cuanto más difícil resulta su captura, más vehemente es mi deseo de conseguirlo. Y así paso las horas andando y corriendo tras él inútilmente.

— ¡Hijo mío! — le replicó el anciano —. Aunque toda tu vida la pasases en persecución de ese pájaro, no podrías envanecerte de cazarlo. Vive de ordinario en el país de Cafir, en donde se encuentran especies de pájaros todavía más bellos que el que acabas de ver: unos cantan de manera arrebatadora; otros hablan lo mismo que los hombres. Pero, desgraciadamente, tú no podrás visitar nunca estas regiones. No pienses más en tal pájaro y procura buscar otra cosa para distraerte, porque este anhelo es imposible que lo consigas.

- ¡Por los cien nombres de Dios! — exclamó el príncipe, al oír tales razones del viejo —. Nada ni nadie me impedirá visitar el país de Cafir, al cual acabas de referirte.

Y dejándolo bruscamente, se dirigió a palacio, entregándose al dulce placer de pensar en el viaje al misterioso país de Cafir.

El rey, su padre, se dió pronto cuenta de que alguna grave preocupación pesaba sobre el ánimo del gallardo y valiente príncipe; y procuró informarse con habilidad y discreción de qué le sucedía. No tardó en conocer la causa de la aflicción del príncipe; supo la inutilidad de sus esfuerzos por cazar el pájaro verde y conoció las prudentes palabras con que el anciano de luengas barbas blancas trató de disuadir al fogoso mancebo de su arriesgada empresa. Llamó a su hijo, y con el tono más dulce y suave que pudo hallar, le aconsejó:

— Querido mío, aleja esas quimeras de tu imaginación; cálmate; no te atormentes tan inútilmente.

Pero el príncipe, con amarga sonrisa, besó la mano de su augusto padre, prosternóse en su presencia y le habló así:

— Es imposible, padre mío. No soy capaz, aunque lo intento, de alejar de mi alma la idea de emprender un viaje que me fascina y me subyuga; y después que el anciano me ha advertido de las dificultades de la empresa, todavía me acucia más el deseo de poseer el pájaro verde, de visitar el país de Cafir, de admirar los jardines don-

de vive animal tan precioso, que deben de ser una maravilla.

Y a pesar de las observaciones del rey, representándole la pena que iban a sentir sus padres con su marcha, el joven príncipe insistió de tal forma, llegando hasta amenazar con que se daría la muerte si no le consentían poner en práctica su proyecto, que al fin el rey cedió.

Hasán, el príncipe de Persia, se despidió de su familia, y, acompañado por una fuerte y numerosa guardia que su padre le designó, se puso en camino hacia el misterioso y lejano país de Cafir.

* * *

Un mes entero caminó la expedición sin que nada de particular le ocurriera. Al fin, los viajeros llegaron a una encrucijada, donde pudieron observar tres caminos. Una pirámide se elevaba en el centro. En una de sus caras se leía: *Camino de la felicidad;* en otra decía: *Camino del arrepentimiento;* en la tercera se veían estas palabras: *El que siga este camino, probablemente no volverá más.*

— Éste es el camino que yo debo seguir —

exclamó el príncipe, apenas leyó la última inscripción.

Y al instante dió órdenes a su gente para que siguieran en esta dirección.

Caminaron veinte días por medio de inmensos bosques llenos de animales salvajes y serpientes venenosas. A cada paso que avanzaban, les parecía más horroroso el país que habían de cruzar. Unas veces manadas de leones rugientes se arrojaban a su paso, de cuyos ataques sólo podían preservarse quemando el bosque en toda la extensión que les rodeaba; otras veces tenían que subir por rocas escarpadas de altura prodigiosa, lisas como cristales. Por la noche se les presentaban mil formas fantásticas, y el día, esperado con impaciencia por los infelices viajeros, les mostraba el horror de los lugares por donde habían cruzado y habían de seguir.

Tan duro viaje hizo sucumbir a la mayor parte de la guardia del príncipe. Con un corto número de gente escogida, llegó al fin Hasán a una ciudad en ruinas, enteramente inhabitada. Allí mandó levantar sus tiendas.

Después de haber hecho sus abluciones y haber rezado la oración de la noche, el prín-

cipe se disponía a entregarse al sueño reparador, cuando de pronto un Genio de los que viven en las ruinas, se presentó a su vista.

— ¡Salud, oh rey de los desiertos, poderoso soberano! — exclamó el príncipe, inclinándose respetuosamente —. ¡Bien venido seas!

Añadió a estas otras palabras lisonjeras e insinuantes; y dándose cuenta de que el Genio estaba embarazado por su enorme cabellera, tomó unas tijeras y le cortó las largas trenzas y las barbas que le caían sobre el pecho y la espalda, le dió agua para que se lavara y le ofreció las provisiones que había en la tienda.

El Genio, agradecido a tan amable acogida, le dijo:

— ¡Hasán! Tu llegada a estos lugares es la causa de mi muerte; pero esto no obstante, dime cuál es el objeto de tu viaje.

El príncipe le contó sus aventuras y le expresó su vivísimo deseo de visitar el reino de Cafir.

— Príncipe – contestó el Genio – . Tú no llegarías jamás a esa región: sería necesario emplear trescientos años al más intrépido viajero para poner en ella sus plantas.

El príncipe dispuesto a cortar al Genio las largas trenzas y las barbas que le caían sobre el pecho y la espalda.

Pero, hijo mío, un viejo refrán dice que «un beneficio jamás es perdido», y que «nadie es más bienhechor o más cruel que los habitantes del desierto». Tú me has hecho un bien; yo quiero hacértelo a ti. Pero es preciso dejes aquí tus criados y sus bagajes.

Hasán ordenó entonces a sus gentes que le esperaran y que acampasen en aquellos lugares hasta su vuelta. Se tapó las orejas con algodón, montó sobre las espaldas del Genio y desapareció.

En pocas horas llegaron a los jardines del país de Cafir. El príncipe, en el colmo de la alegría, recorrió estos jardines encantados, que ninguna descripción humana podría pintar: flores de todos los colores; árboles de las especies más raras y más singulares encantaban su vista; mil pájaros de plumajes diferentes asombraban sus oídos con sus conciertos melodiosos. No tardó el príncipe en reconocer a su pájaro verde, al objeto de sus ansias en cuya busca venía. Y ya había logrado coger seis ejemplares, cuando uno de los guardianes del jardín gritó: «¡Al ladrón!»... «¡Al ladrón!», y al momento se vió Hasán rodeado por todas partes, cogido y conducido al pa-

lacio del rey, cuyos eran aquellos jardines. Poco rato después estaba en la presencia del sultán.

— ¿Quién te ha dado derecho — le dijo con tono colérico — para venir a robar a mis jardines con tal desvergüenza?

Y como el príncipe, confuso y aturdido, no contestase, el rey añadió:

— Has merecido la muerte por semejante atrevimiento y no te perdonaré más que con una condición: que me traigas de las Islas Negras un racimo de diamantes. Estas islas se hallan lindando mis estados. Yo te facilitaré los medios necesarios para llegar allí; y si no sucumbes en el intento, tienes asegurado el perdón.

Hasán, amigo de las aventuras peligrosas, aceptó esta condición con alegría. Fuese a buscar a su amigo el Genio; y los dos partieron a las Islas Negras, adonde no tardaron mucho en llegar.

Reconocieron en seguida los jardines de que se trataba por el brillante resplandor producido por la muchedumbre de esmeraldas y diamantes que formaban árboles artificiales. Pero antes de llegar al jardín encontraron un espantable monstruo, cuyo as-

pecto aterrador les hizo retroceder de primer intento.

Repuesto el príncipe de la impresión, y sin consultar más que con su valor, echó mano a su espada y empezó a acuchillar al espantable monstruo. Las escamas de que estaba revestido, inutilizaban todos los esfuerzos del príncipe.

Agotado por el cansancio y la fatiga, iba a sucumbir a los repetidos ataques de su adversario, cuando el Genio tomó la forma de un pájaro con pico muy largo y puntiagudo y sacó los ojos al terrible animal.

El príncipe, dueño entonces de la situación, hundió su espada en el cuerpo del monstruo, por el lugar en que faltaba una escama, y de la herida brotó un chorro de sangre negra y espumosa, hasta que murió el horrendo animal.

Hasán se apresuró a entrar en el jardín y pudo contemplar una gran cantidad de árboles de toda especie, cubiertos con frutos riquísimos y brillantes; vió, al fin, los racimos que le habían pedido; y ya extendía su mano para cogerlos, cuando agudos gritos empezaron a sonar por todas partes. Gigantes enormes se apoderaron de él, lo

ataron y lo llevaron así a la presencia del rey de las Islas Negras, su amo.

El soberano, furioso por la audacia sin par del príncipe, le condenó a morir al instante. Sus órdenes iban a ser ejecutadas, cuando se oyeron aclamaciones de alegría, y se supo en seguida que acababa de ser muerto el monstruo que venía todos los años a devorar a muchas doncellas del país. El sultán, loco de alegría al saber tan feliz nueva, hizo juramento de dar su hija por esposa al hombre valiente que había salvado al reino de tal azote.

En aquel preciso instante la princesa mandaba llamar a su padre. El monarca, asombrado, se dirigió al harén a toda prisa.

— Querría — le dijo su hija — ver al joven extranjero que ha abatido bajo mis ventanas al monstruo que infestaba esta comarca.

— ¿Cómo? — exclamó el rey —. ¿Será el joven a quien acabo de condenar a muerte? ¡Vamos de prisa! ¡Suspendamos su ejecución!

Al momento llamó al príncipe y le dijo:

— ¡Joven extranjero, no sólo tu valor te

hace digno del perdón, sino que el voto que yo he pronunciado te asegura la mano de mi hija!

Su Genio amigo, que estaba cerca de él, se inclinó al oído del príncipe y le insinuó:

— Hasán, otras aventuras te esperan; las órdenes del destino quieren que tú vuelvas a ver a tu familia.

El príncipe pidió al sultán permiso para llevarse a su hija consigo, una vez casados. Se lo dió, y en seguida fiestas magníficas anunciaron el matrimonio de los esposos.

* * *

Al cabo de tres meses Hasán, fiel a la palabra que diera al rey de Cafir, se dispuso a volver a este país. Su suegro le regaló cien racimos de diamantes y de esmeraldas.

Montado sobre las espaldas del Genio no tardó en llegar a su destino. El rey se quedó maravillado al verle regresar tan pronto y trayendo consigo el precioso objeto que él le había pedido.

— Veo — le dijo — que el cielo te protege. Toma la parte de mis reinos que te convenga, pero ayúdame. Todos los años

un buitre inmenso cae sobre la capital de mis estados y arrebata a algunos de mis súbditos. Dígnate ayudarme a combatir este animal terrible.

— Yo sé qué pájaro es éste — dijo el Ge-

El príncipe presentó un hermoso racimo de esmeraldas.

nio al oído a Hasán —. Prométele tu auxilio.

Y conforme estaba diciendo estas palabras se presentó un punto negro en el horizonte. Pronto aquel punto fué agrandándose y los habitantes de la ciudad, lanzando

al aire ayes lastimeros, se encerraron en cuevas y subterráneos impenetrables.

Ya había metido el monstruoso pájaro su largo cuello por las ventanas del palacio real y se llevaba a la hija del rey, cuando el Genio, tomando la forma de un águila, se arrojó sobre él y le clavó en sus entrañas las agudas garras.

El buitre cambió de forma y tomó la de un gigante asqueroso. Entonces el Genio, conservando la misma apariencia, trató de hundir su terrible pico en los ojos de su adversario. El gigante le agarró con toda su fuerza y estaba a punto de hacerle pedazos, cuando Hasán se aproximó y le desjarretó con su espada: el espantable gigante cayó al suelo con estrépito, arrastrando al Genio en su caída.

Pero al momento se cambió en serpiente, porque, aunque la herida persistiese, le era más fácil combatir en esta nueva forma. Entonces el Genio levantó su vuelo hacia el castillo y con la rapidez del rayo se transformó en piedra, cayó sobre la serpiente y le deshizo la cabeza.

Los hombres y mujeres que se habían reunido a presenciar el terrible combate, lan-

zaron gritos de alegría. El monarca, feliz por la liberación de su hija, creyó que la mejor recompensa que podía dar a sus libertadores, era entregarla por esposa a uno de ellos. Hasán tomó, pues, esta segunda esposa, y algo más que le dió gran alegría: entre los tesoros innumerables que el rey le regaló, se hallaban los pájaros de verde plumaje, que tan ardientemente deseaba.

No tardó mucho tiempo en tomar de nuevo el camino hacia su tierra, tras repetidas instancias del Genio. Llegados a la ciudad en ruinas, encontraron la caravana que allí dejaran acampada. Entonces el Genio hizo adelantar al príncipe algunos pasos hacia los escombros, y le habló así:

— ¡Hasán! He cumplido mi deber; la carrera de mi vida ha terminado. Yo te abandono. ¡Adiós! En recompensa de los servicios que yo haya podido hacerte, pediré de tu bondad otro especialísimo. Yo renaceré de aquí a doce años si alguien practica sobre mi cadáver las abluciones ordinarias y se cuida de mi sepultura. Prométeme cumplirme estos deberes.

— Yo te lo prometo — dijo Hasán emocionado —; pero...

No le dió tiempo a seguir: el Genio acababa de caer muerto a sus pies.

El príncipe, desolado, rindió a su amigo y compañero de viaje los últimos deberes, observando religiosamente todo lo que le había recomendado.

Volvió al campamento de su gente y dió la orden de partida. Al cabo de tres días de marcha llegaron a la pirámide que marcaba los tres caminos.

Su anciano padre le esperaba ya impaciente desde muchos días. Abrazáronse con toda efusión, permaneciendo unidos largo rato. Días después fueron recibidos en la capital del imperio por los grandes dignatarios y por el pueblo con demostraciones de alegría sincera.

LA HERENCIA DE ABEN JÁLID

El laborioso Aben Jálid habíase pasado lo mejor de su vida cultivando unas tierras que poseía. Con el fruto de su trabajo consiguió sacar adelante a su familia: esposa y cuatro hijos varones. Era todo lo feliz que puede ser un hombre creyente, honrado y sin ambiciones.

Pero un día, el Señor, que todo lo ordena y dispone, se llevó a la esposa de Aben Jálid y después a los dos hijos menores.

Esto le produjo honda pena, y durante algún tiempo se le vió caminar por el Cairo, abatido, mustio, fija la mirada en el suelo, como si buscase a los seres perdidos. Cuando alguien pretendía consolarle, Aben Jálid clamaba:

Redactado por E. Maestre, siguiendo un conocido tema folklórico.

Aben Jálid marchaba constantemente, sin rumbo, fija la mirada en el suelo.

— Dios me los dió y Dios me los ha quitado; pero en el corazón tengo clavada una espina que no puedo arrancar. Quejarme, no me quejo; mas tampoco encuentro lenitivo a mis penas.

Saludaba inclinando la cabeza y continuaba su marcha, sin rumbo que seguir y sin que pareciese tener otra misión que errar por el mundo.

Había descuidado sus faenas porque ni ánimos tenía para continuarlas, y porque sospechaba que sus dos hijos mayores, y con edad suficiente para ocupar su puesto, lo harían de buen grado; mas los hijos no pensaron tal cosa: antes prefirieron dedicarse a la holganza y a los placeres.

Conocedores del sitio en que Aben Jálid guardaba sus pequeñas economías, se apoderaron de ellas para divertirse. Sólo se reunían con su padre a la hora de rezar la oración; después, asentábanse a la mesa para devorar la comida, que una vecina condimentaba, y en seguida besábanle la mano y partían hasta el día siguiente.

Como una vez les preguntase Aben Jálid en qué invertían el tiempo, respondióle el hermano mayor:

— En aliviar las penas y en buscar un empleo.

— ¿Y vais por buen camino? — insistió el padre.

Y el hermano menor dijo en seguida:

— Por muy bueno, señor.

No hablaron más. Aben Jálid se tumbó en el lecho y sus hijos partieron.

Al cabo de dos años los hijos de Aben Jálid vieron el fin a los dineros que éste guardaba; y pareciéndoles pequeña la suma consumida, sospecharon que alguna mayor tendría oculta.

A este modo de pensar contribuyeron no poco las indicaciones de algunos amigos de los hijos de Aben Jálid; los cuales amigos, por venir participando en las francachelas de los alegres mozos, les sugirieron la idea de que su padre tendría algún tesoro oculto; pues habiendo trabajado con fruto su hacienda propia y siendo parco en su gastar, era imposible que sus ahorros alcanzasen una cantidad tan pequeña.

Los hijos de Aben Jálid registraron la casa, sin olvidar el más pequeño rincón; pero no encontraron ni siquiera un dinar. Y como no podían avenirse a vivir míseramen-

te, pidieron dinero a su padre, pretextando que lo necesitaban para terminar las negociaciones que traían con un mercader de especias, cuyo comercio querían tomar.

Aben Jálid fué a buscar sus economías, y como no las halló, resignado, les dijo:

— Me han robado los dineros que economicé a fuerza de sacrificios. Dios perdone al ladrón o ladrones. Mas es lo cierto que no puedo daros nada. Apelad al buen crédito de mi nombre, si para algo os sirve.

— Con el crédito no se come — rezongó el hermano mayor.

Y confirmó el pequeño:

— Los mercaderes desean oro.

— Pues yo carezco de él, hijos míos. Y no aumentéis la aflicción que me abruma ni aceleréis mi muerte ya próxima.

Desdeñosos y sin dar crédito a las nobles palabras de Aben Jálid, sus hijos se marcharon, para hacer correr por el zoco la idea de que su padre era un avaro ruin y les dejaba morirse de hambre.

Como nunca faltan personas perversas que acojan las versiones más absurdas, la infamia propalada por los hijos de Aben Jálid pronto corrió de boca en boca y fué

comentada sabrosamente. La piedad, que a veces es injusta, púsose del lado de los perversos hijos; sin que a nadie se le ocurriese censurar la mala conducta que observaban.

Un judío llamado Ismael, que comerciaba en asuntos poco limpios, sospechando que podía lucrarse con aquella desavenencia entre el padre y los hijos, prestó a éstos una cantidad que habría de cobrar cuadruplicada cuando falleciera Aben Jálid, cosa que no podía tardar.

Viéndose en trance de muerte, el padre llamó a sus hijos para decirles:

— Dios reclama la vida que me dió. Voy a entregársela; pero con objeto de poder rendirle mis cuentas claras, quisiera liquidar con vosotros las que tengo pendientes.

Detúvose un instante para cobrar fuerzas, pues la vida se le escapaba por momentos, y los hijos lo aprovecharon para fingir una congoja que no sentían.

Presto continuó Aben Jálid:

— Como vosotros sospecháis, tengo, efectivamente, guardado un gran tesoro...

— ¿En dónde? — interrumpió el mayor de los hijos.

— Sí, ¿en dónde? — inquirió, sin ocultar su codicia, el hermano menor.

Con voz debilitada, respondió el padre:

— No lo sé a punto fijo. Hace mucho tiempo lo enterré en la viña, temeroso de que si lo descubría el sultán me lo pidiese para cubrir sus deudas con los judíos. Vosotros lo podréis encontrar si caváis bien la tierra; y tanto más pronto daréis con él, cuanto más profundicéis la cava.

Y como si no tuviese otra misión que cumplir en el mundo, Aben Jálid entregó su alma a quien podía disponer de ella.

Aún no habían enterrado a Aben Jálid y ya estaban sus hijos cavando la viña. Cerca de un mes tardaron en remover la tierra que hacía dos años estaba sin cultivar; profundizaban más de dos codos, y aunque la faena resultaba penosa, ellos la proseguían sin arredrarse, animados por la codicia del tesoro que pensaban hallar.

Terminaron la cava sin dar con él, y entonces, achacando a burla las indicaciones que el padre les hiciera, renegaron de Aben Jálid y no volvieron a rezar en su sepulcro.

Pero llegó el verano, y con la cava creció la viña de tal manera, que con su fruto pu-

dieron satisfacer las deudas pendientes y aún les sobró dinero.

Entonces, comprendiendo la lección del buen padre, pusiéronse con afán al trabajo

Aún no habían enterrado al buen padre, y ya estaban los hijos buscando en la viña el supuesto tesoro.

y pronto vieron próspera la hacienda que se había tornado mezquina cuando Aben Jálid careció de fuerzas para cultivarla y ellos vivían dedicados a la molicie y a los placeres.

ÍNDICE

Páginas.

Los cuatro talismanes..... 7
El pájaro verde..... 97
La herencia de Aben Jálid..... 117

3 0081 013 273 762